



PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTÍFICE.

COLABORADORES. Bremón (Ilmo. Sr. D. José María). Catalina (Excmo. Sr. D. Severo). Cueto (Excmo. Sr. D. L. A. de).		Fabraquer (Excmo. Sr. conde de). Fernandez Bremón (D. José). Forteza (D. Guillermo). Frontaura (D. Carlos).	Garrido (D. Estéban). Gonzalez de Tejada (D. José). Hoz y de Liniers (D. V. de la). Lafora (D. Juan Bautista).	Mendoza de Vives (S. ^a D. ^a María). Mestre y Marsal (D. Carlos). Perez Guzman (D. Juan). Pulido y Espinosa (Ilmo. Sr. D. J.).	Rodriguez Cortina (D. Federico). Sabando (D. Julian Manuel de). San Javier (vizconde de). Selgas (D. José).	Serrano (D. Gaspar Bono). Silió y Gutierrez (D. Evaristo). Sinués de Marco (S. ^a D. ^a M. del P.). Tamayo y Baus (D. Manuel).
PRINCIPALES ESCRITORES SAGRADOS CUYAS OBRAS HAN DE SER CONSULTADAS Ó REPRODUCIDAS EN EL CURSO DE ESTA PUBLICACION.						
SANTA TERESA DE JESUS. SAN AGUSTIN, ob., dr. y fr. SAN BUENAVENTURA, ob. y dr. SAN GERÓNIMO, dr. y fr. SAN IGNACIO DE LOYOLA. SAN JUAN CRISÓSTOMO, ob. y dr.	BALMES (D. Jaime). BAUTAIN (abad). BOSSUET (obispo de Meaux). BOURDALOUE (P. Luis). DONOSO CORTÉS (D. Juan). DUPANLOUP (ob. de Orleans).	FEIJÓO Y SOTOMAYOR (D. Benito). FENELON (arz. de Cambrai). FLECHIER (ob. de Nimes). FLEURY (abad). FLOREZ (P. Mtro. Enrique). GALLEGO (D. Juan Nicasio).	GRANADA (Fr. Luis de). GRATRY (abad). LACORDAIRE (P. J.). LEON (Fr. Luis de). LISTA (D. Alberto). MADRIGAL (D. Alonso de).	MALLEBRANCHE. MARIANA (P. Juan de). MASCARON (ob. de Agen). MASSILLON (ob. de Clermont). MATHIEU (cardenal). MONTALEMBERT (conde de).	PADRE FÉLIX (de la C. ^a de Jesus). POSADA RUBIN DE C. (patriarca). RAVIGNAN (J. Adrian de la Cruz). SCIO DE SAN MIGUEL (D. Felipe). VEUILLOT (D. Luis). WISSEMAN (cardenal).	
DIRECTOR: D. LEOPOLDO M. BREMON.						

SUMARIO.

Seccion doctrinal: CONSIDERACIONES SOBRE EL DEBER INTELECTUAL DE LOS CRISTIANOS EN EL SIGLO XIX, por A. Gratry (conclusion).—**Seccion biográfica:** EL CARDENAL WISEMAN, por D. José Pulido y Espinosa (conclusion).—**Seccion histórica:** HISTORIA DE LOS MONJES DE OCCIDENTE, por el conde de Montalembert (continuación).—EL PADRE ISLA, PINTADO POR SÍ MISMO, por D. José Gonzalez de Tejada (continuación).—SANTIAGO, por P.—**Seccion recreativa:** EL ÁRBOL DE LA CIENCIA, boceto, por D. José Fernandez Bremón (conclusion).—VIAGE A TIERRA SANTA, SINAI, por don J. L. de H.—**Seccion poética:** LA VIDA, por D. Evaristo Silió y Gutierrez.—MEDITACION, por P.—CÁNTICO, por el mismo.—LA FÉ, soneto.—MISCELÁNEA. Grabados: El Monte Sinai.—Los obispos de Auxerre y Soissons prestando juramento en manos de Napoleón III.—Interior de la iglesia catedral de Nuestra Señora en el acto de dar al pueblo el arzobispo de Paris su bendicion apostólica.

SECCION DOCTRINAL

CONSIDERACIONES

SOBRE EL DEBER INTELECTUAL DE LOS CRISTIANOS EN EL SIGLO XIX.

POR A. GRATRY.

(Conclusion.)

La filosofía del siglo XVIII es una careajada contra toda religion y toda filosofía. «Entre Platon y Locke—dijeron—no hay nada en filosofía.» Esto es confesar que no sabian siquiera lo que quiere decir filosofía. Para aquellos filósofos, San Agustin, Santo Tomás y San Anselmo, todos los padres griegos y todos los

escolásticos, todos los místicos, todo el siglo XVII, Descartes, Bossuet y Fenelon, Malebranche y Leibniz nada significan, nada son en filosofía. Dijeron tambien: «Cuatro metafísicos tenemos: Descartes, Malebranche, Leibniz y Locke. Solo este último no era matemático, ¡y cuán superior no fué á los otros tres!» Lo que quiere decir simplemente que el siglo XVIII habia perdido el sentido filosófico, y que, desde Platon, ningun otro siglo ha sido filosóficamente tan nulo. Es un eclipse filosófico total. Desde la más viva luz teológica, filosófica y científica, cayeron en las más profundas tinieblas.

Contemplad cómo á mediados del siglo XVIII surge la negacion del cristianismo, y el propósito deliberado de aniquilar á Jesucristo y su cruz. Ved en el mismo instante las tinieblas que invaden aquel siglo como invadieron el Calvario á la muerte del Salvador. Considerad el religioso siglo XVII en posesion de la luz de los tres mundos, luz teológica revelada, luz experimental y científica del mundo de los cuerpos, y una tercera luz propiamente filosófica, resultado de las otras dos, por la fusion del génio y de la fuerza profunda de la fé. En el momento en que el escepticismo impío rechaza la luz revelada del mundo divino, la luz de la filo-

sófia desaparece. Cesan los hombres de poder comprender toda la filosofía del mundo moderno, y caen muy por bajo de Platon y al nivel de Demócrito en los átomos del vacío. El impulso natural que de la contemplacion del mundo físico lleva hácia las ideas y eleva el alma á Dios, se hace imposible en ellos. El espíritu pierde sus alas, la razon su fuerza; es decir, ¡oh prodigio! que el más noble y el más eficaz de los movimientos de la razon, aquel que eleva el pensamiento, que descubre, que vuela y es, como dice Platon, el cálculo lógico del sacrificio, se detiene, se paraliza, se anula en ellos. ¡Oh! si se vieran las cosas espirituales como se ve el mundo exterior, el solo espectáculo de este castigo intelectual de los impíos convertiria el mundo al cristianismo.

Pero no es esto todo. La caída debia ser más profunda todavia y más asombroso el castigo. Si supiérais lo que son el sistema sofístico contemporáneo y la locura panteista, que se llama filosofía moderna, veriais el espíritu de los impíos, que en el siglo XVIII marchaba al ménos sobre la tierra, aunque privado de sus alas y envuelto entre las tinieblas, veriais ese mismo espíritu en nuestros dias haciendo un increíble esfuerzo para descender bajo tierra y empren-

der, de arriba abajo, yo no sé qué vuelo lúgubre y singular, como para buscar luces subterráneas en los abismos.

Sus padres perdieron la fuerza de sus alas, pero conservaron siquiera la facultad de marchar. Estos otros ni vuelan ni marchan. No tienen más que un solo movimiento: la caída.

Han querido avanzar, y han retrocedido.

Se han fabricado alas, pero alas más pesadas que el hombre, más pesadas que la tierra; alas que precipitan en vez de elevar.

Consideradlo bien, y vereis reflejado en esas imágenes el carácter propio del sofisma contemporáneo. Su voluntad ha desnaturalizado los dos movimientos de la razón; niegan los dos principios del pensamiento, el que marcha en la identidad de las deducciones, y el que nos eleva por una irresistible atracción a la soberana verdad. Destruyen el primero afirmando audazmente la *identidad de los contrarios*, lo cual es una visible manifestación del absurdo. Destruyen el segundo dándole una dirección contraria y precipitándose hacia las tinieblas que libremente escogen. Y en su descendimiento subterráneo, he aquí lo que descubren: la verdad es nula, el ser no existe, el no ser es idéntico al ser.

Estas son las dos filosofías que reemplazan a la filosofía cristiana del mundo moderno. La primera había repudiado la luz revelada y perdido la luz filosófica; pero se consagraba a la luz del mundo de los cuerpos, y proseguía con afán la ciencia de la naturaleza creada por los cristianos. Los secuaces de la segunda lo han perdido todo, hasta el punto de rechazar la ciencia del mundo de los cuerpos por no creerla filosófica, de menospreciar la naturaleza por considerarla un obstáculo a la idea, y de llegar a afirmar que «cuando la naturaleza no está de acuerdo con nuestra filosofía, es que la naturaleza se ha engañado.»

Estos son, cristianos, nuestros adversarios. No tenemos más adversarios que esas dos sectas. Todo aquel que rechaza el panteísmo contemporáneo, todo aquel que se eleva más allá de la risa volterriana, no está contra nosotros. Luego el que no está contra nosotros, está con nosotros, según la palabra del Salvador.

Nuestros adversarios en el orden de la verdad, de la ciencia, de la afirmación, son absoluta y radicalmente impotentes. Pueden negar, destruir, dividir y dividirse; pero reunirse para construir, para edificar, para afirmar, no pueden hacerlo. Si lo intentan, como el panteísmo contemporáneo, producen monstruos que son una demostración por lo absurdo de su incurable esterilidad.

Falta, pues, que los cristianos, en el nombre de Jesucristo crucificado, se apoderen de las tres luces, luz divina y revelada del mundo superior, luz puramente natural del mundo de los cuerpos, y luz a la vez divina y humana de la sabi-

duría cristiana, de la filosofía del mundo moderno. Falta que, iluminados por la cruz, los ministros de Dios reúnan en un solo foco las tres luces y eleven ese faro incomparable sobre el trono de la fuerza moderna, que se llama la palabra pública, fija para todos los tiempos, multiplicada para todos los lugares.

Precisemos la cuestión. ¿Cómo la cruz puede llegar a ser la luz y el instrumento de ese triunfo intelectual del espíritu moderno, al presente oprimido por el espíritu pagano que domina? He aquí cómo:

Existe una extraña y vigorosa pintura representando el Calvario envuelto en milagrosa oscuridad. Todo es allí negro, salvo la cruz, que atrae un rayo del cielo y lo refleja sobre toda la escena. Cualquier punto a que toca esta línea luminosa que parte de la cruz se vivifica instantáneamente, y los muertos, resucitados, salen de sus sepulcros.

De la misma manera la cruz, es decir, la doctrina del sacrificio, la práctica, la idea y las aplicaciones intelectuales del sacrificio; la cruz, repetimos, hace descender la luz del cielo, la esparce sobre la tierra, resucita y eleva al cielo el espíritu humano por muerto que se halle; le devuelve todos sus movimientos y todas sus fuerzas, toda su vida y todo su vigor. La cruz, en fin, reúne en una luz única, a la vez divina y humana, los tres mundos que el hombre quiere conocer.

En efecto; el mundo de arriba nos ha sido revelado por la fé. Pero esta revelación de la fé es oscura. La fé no es la ciencia. Es preciso traducir a la filosofía la sencillez de la fé y hacer germinar sus dones implícitos en una sabiduría luminosa. Este es uno de los dones del Espíritu Santo, según la teología, y se opera por medio de las *virtudes intelectuales inspiradas*, virtudes sin las cuales la fé no es para nuestro espíritu más que un talento que hay que hacer valer; pero virtudes en las cuales trabaja el hombre y de las que no es capaz sino abrazándose a la cruz. No hay luz divina más que para la inteligencia sacrificada que, saliendo de sí misma, se lanza en el infinito de Dios. Los antiguos lo comprendieron así. Platón lo ha dicho: «Filosofar es aprender a morir.» Y en otro lugar dice: «La sabiduría no ha sido dada más que a los muertos.» Y en efecto; el apego a los fenómenos, sin el libre impulso hacia las ideas, es el mal de los espíritus terrestres no sacrificados. Esos espíritus se asemejan a los corazones no sacrificados que aman la tierra, el placer y las sensaciones; corazones sin ideas, que no tienen ni aun siquiera la ciencia de la vida, y si solo el sentido de la vista animal. Y los espíritus mismos, por grandes que sean, cuando están ligados a corazones no sacrificados, pierden el impulso filosófico. Para conocer la verdad es preciso sacrificar algo, como para practicar el bien es tam-

bien preciso sacrificar. El sacrificio es la gran ley lógica, como es la gran ley moral. Y no debemos entender por sacrificio lo que Bossuet llamaba «la perversa humildad de los hipócritas». Por sacrificio debemos entender la imitación del santo y saludable sacrificio de la cruz, en la que el hombre muere para resucitar glorioso; muere en el tiempo para vivir en la eternidad; en el egoísmo, para renacer en el amor. En una palabra; no lo que anonada, sino lo que multiplica y glorifica. Y este divino tránsito, este santo sacrificio es la regla necesaria de la vida para nuestro corazón, nuestro espíritu, nuestro cuerpo; para nuestro progreso en el tiempo y nuestra salud en el mundo futuro. Jesucristo, por su cruz, ha inoculado en la tierra ese divino método de progreso, de acrecentamiento, de regeneración y de resurrección. Los hombres, los pueblos, los espíritus y los corazones que lo practican, encuentran en él la senda, la verdad, la vida.

La cruz, pues, iluminando nuestros trabajos, puede solamente reunir los tres mundos en su luz y darnos el principio de esa ciencia general que arrebatará e impulsará el espíritu hacia Dios. Sin la cruz la base terrestre de la ciencia no se elevará nunca por encima de la tierra; el ojo contemplará la tierra, pero no verá en ella el reflejo del cielo.

«Nadie puede subir al cielo—dice el Salvador en el Evangelio,—sino aquel que ha descendido de él... Mas cuando yo sea levantado de la tierra (por la cruz), todo lo atraeré hacia mí.» Esto quiere decir que ningún esfuerzo humano hubiera bastado para descubrir los divinos arcanos de la fé, o lo que es igual, la luz del cielo. Pero la luz del cielo, una vez difundida sobre la tierra por Jesucristo, que es esa misma luz, puede impulsar y elevar hasta el cielo la tierra. Y si la voluntad de Dios debe reinar en la tierra como en el cielo, su luz puede brillar también en la una y en el otro. El cristiano, por medio de la ciencia de la cruz, puede comparar la tierra con el cielo. Puede comparar el conjunto de los dones terrestres, fruto de la ciencia moderna, con el conjunto de los dones celestiales traídos por el Revelador, meditados y desenvueltos por la Iglesia católica en el transcurso de los siglos. La savia terrestre, necesaria a toda humana ciencia, puede, por el árbol de la cruz, cuyas raíces penetran hasta el centro del globo, subir hasta el cielo y aspirar allí su aire vital; y el aire vital, absorbido por la ciencia terrestre en los brazos de la cruz, vivificará hasta el centro del globo, llevando hasta él la vida de lo alto.

La cruz, además de lo que representa en otro concepto, es el verdadero, el solo instrumento de la ciencia.

Los ministros de Dios o los hombres consagrados a Dios son sus obreros. Los demás les ayudan y tallan las piedras. Ellos solos conocen

el plan, el conjunto, la vida de todo, y poseen la fuerza que eleva y une los fragmentos de la verdad. Ellos solos pueden, por el sacrificio, adquirir alguna ciencia experimental de las cosas de lo alto y traducir en luz humana las oscuras revelaciones de la fé; ellos solos pueden escuchar á Dios en la limpidez de la vida pura, en el silencio de la humildad, en la calma de la pobreza. Ellos solos, humildes por la cruz y sacrificados en la estrecha personalidad del espíritu individual, pueden trabajar muchos en uno. Nuestros adversarios no pueden reunirse á no ser en tumulto y para destruir. Solo nosotros, por el amor intelectual de los espíritus que se sacrifican, podemos reunirnos en orden para edificar. Solo nosotros podemos, por el número y la union, por la perseverancia, por la oracion y con la bendicion de Dios, recorrer y conocer el inmenso mundo de las ciencias contemporáneas, el mundo casi infinito de la historia y de la ciencia social; el mundo más inmenso aun de la teología y de la fé, acercar luego esos mundos, compararlos, relacionar toda la naturaleza con el hombre, todo el hombre con Jesucristo, el Hombre-Dios, crucificado y resucitado, y elevarnos, en fin, como él mismo lo ha dicho, «hasta su Padre y nuestro Padre, hasta su Dios y nuestro Dios.»

Todas estas palabras serán tal vez enigmáticas para muchos de vosotros, pero serán mucho menos oscuras para aquellos que hayan meditado largo tiempo sobre el Evangelio. Sin embargo, todos comprendéis que el trabajo de los ministros de Dios, de los cristianos sinceros, unidos por el amor y la fé, y trabajando á la sana luz de la filosofía en los admirables campos de la fé, de la historia, de las ciencias naturales y sociales, puede producir en este siglo un movimiento universal que los siglos anteriores fueron impotentes para producir; un movimiento universal que el espíritu pagano, espíritu de division y de incredulidad, desnudo de la verdadera filosofía, entregado al sueño del escepticismo ó á la locura del panteísmo, no se atrevería siquiera á intentar.

Tal es nuestro irresistible poder en la lucha contra las fuerzas del mal.

Tenemos en nuestra mano el principio, la posibilidad de una luz católica, universal, á la vez divina y humana, que el adversario no tiene ni puede tener. Existe además una fuerza pública, universal tambien y soberana del mundo, que es la palabra fija y multiplicada por la imprenta. Podemos apoderarnos de ella el dia mismo en que marchemos juntos por el camino de esa ciencia; porque si el enemigo tiene en su favor el número, la intensidad de las voces, la claridad superficial, la algazara de las risas y el cortejo de las pasiones, nosotros tenemos en nuestro favor la verdad, al mismo Dios, y el fondo de las conciencias. No tenemos solamente la verdad

enunciada en lengua desconocida, sino tambien la verdad traducida, segun el pensamiento de San Pablo; la verdad científica y filosóficamente ofrecida á todo espíritu que medita, al mismo tiempo que enseñada á todos popularmente y por la autoridad divina. Tenemos además en nuestro favor la mayor parte del campo enemigo, porque el número de los espíritus seducidos por el ténue fulgor de las verdades parciales, puestas fraudulentamente en oposicion con la verdad, es mucho más grande que el de los inícuos, que por mala fé y por perversidad de instinto, dirigen la multitud hácia el error. Si la cruz irradia su fulgor, los inícuos caerán confundidos, y todos sus auxiliares seducidos se pasarán á nuestro campo; y la cruz será el cetro de la inteligencia, como llegó á ser el cetro de Constantino. La cruz brillará en el cielo de la inteligencia, como Constantino la vió brillar en el cielo de las batallas, y alcanzará su segundo triunfo en el mundo de los espíritus creados, antes del último advenimiento en que iluminará los cielos, el dia del juicio final.

¡Oh santa y bienaventurada fecundidad de esta segunda época del triunfo temporal de la cruz! Bossuet te presentia cuando exclamaba: «¡Dichosos los ojos que vean reunirse el Occidente y el Oriente para dar hermosos dias á la Iglesia!» Tú eras el sueño de Fenelon. De tí dijo Leibniz: «Se acerca el tiempo en que los hombres conocerán la razon más de lo que la han conocido hasta aquí.» Pensando en tí exclamó José de Maistre: «Dios prepara admirables reconstrucciones.» Santa Hildegarda te veia cuando hablaba del siglo de admirable vigor en los ministros de Dios, siglo de verdadera luz, en que los dos mundos, el espíritu y el cuerpo, vivirán confundidos en una misma ciencia. Un inteligente historiador ha dicho de tí: «Se acerca una nueva apología del cristianismo que reunirá á los cristianos y arrastrará hácia sí hasta á la misma incredulidad (1).

Tú eres, en fin, la época que espera el actual vicario de Jesus, el hombre de la cruz, que al pié de ella profetiza cada vez que habla algun nuevo triunfo.

En presencia, pues, de estas verdades, ¿cuáles son los deberes de los ministros de Dios, cuáles los de los fieles católicos?

Trabajar en el triunfo intelectual de la cruz por medio del agrupamiento de las fuerzas humanas, bendecidas por Dios, y sirviéndose de esa ciencia universal que la cruz solamente hace posible trabajar, iluminados por la luz evangélica, en todas las ciencias; especialmente en las ciencias morales, y su aplicacion á la vida de los pueblos y á la solucion de la gran crisis por que está atravesando el género humano; procurar ser puros, sencillos, claros, y, si se

puede, elegantes y dignos en el estilo, á fin de esparcir la ciencia cristiana por todas partes; tales son los deberes de los ministros de Dios y los de todos aquellos fieles que se sientan con fuerzas para allegar materiales á esta gran obra de regeneracion.

Hacen falta muchos obreros para que entre todos posean las diversas fuerzas: unos la historia, otros el derecho; quiénes la filosofía, quiénes las ciencias económicas y políticas, la física, las matemáticas, la astronomía y todas las ciencias del mundo, de los cuerpos; otros, en fin, que posean á fondo la teología que debe, lo mismo que la filosofía, ser comun á todos, al menos en el grado suficiente.

Dados estos elementos, es preciso trabajar de mancomun, con oracion y sacrificios perpétuos, sabiendo que nada podemos sino por la virtud de Jesucristo y uniéndonos á él en el sacrificio. Es preciso no desperdiciar el tiempo en polémicas, y aprovecharlo en combatir al enemigo; pero ver en todo enemigo un hermano posible, un auxiliar probable, si, en vez de herirle, le rodeamos de luz. Debemos, por último, formar la resolucion de hablar siempre, y en toda la extension de la ciencia, una misma lengua; la lengua del mundo civilizado, suprimiendo el griego y los idiomas técnicos de las ciencias particulares; escribir la verdad con toda nuestra alma, con todas nuestras facultades, á fin de hacernos comprender por todos, de llegar á todos los corazones, al de los hombres que piensan y al de los que sienten, al de los que piensan por imágenes, y al de los que piensan por razonamientos. Un estilo completo es aquel que llega á todas las almas y á todas las facultades de las almas.

Luego el que ame, el que estudie, el que ruegue, el que admire, el que trabaje largo tiempo, el que sacrifique las mil particularidades del lugar y del momento, de la pandilla y del sistema, puede tener un estilo menos incompleto que el lenguaje usual de los sabios.

Pero lo que más importa es escoger la fase por la que debemos presentar al mundo la gran filosofía cristiana, y fijarse en el punto que de aquí á medio siglo debe desarrollarse con preferencia. Ese punto no es la metafísica, ni la lógica, sino la moral, la gran ciencia del deber, la eterna, universal é infalible moral evangélica, que es preciso verter como un espíritu vivo y como un fuego sagrado en una ciencia enciclopédica que, reuniendo en sí el derecho, la historia, la política, la legislacion y la economia política, pueda denominarse la ciencia del deber; del deber del hombre á hombre, de pueblo á pueblo, de gobernante á gobernado; ciencia necesaria para terminar la crisis por que está atravesando el mundo contemporáneo.

De este modo derribaremos sin atacarla la vieja filosofía pagana que se ha arraigado entre

(1) Ranke. *Fin de la historia de los Papas*. Primera edicion.

nosotros desde hace un siglo bajo la forma; primero del escepticismo, y después del panteísmo. La derribaremos substituyéndola con la luminosa filosofía cristiana, popularmente enseñada por medio de la prensa á la Europa y al mundo entero. Haremos dos ediciones de ella: una para el mundo ilustrado, la otra para el pueblo, y aun otra tercera de viva voz. Tal es nuestro deber; el deber de los que escribimos. Ved ahora, no el vuestro, sino la parte que podeis tomar en nuestros trabajos los que no formais en la vanguardia del ejército cristiano militante.

Ante todo podeis, sin escepcion, ayudarnos con vuestras oraciones. La oracion es la más poderosa de las fuerzas. Rogad á Dios que nos aliente, que nos sostenga, aunque somos indignos obreros de su obra. En segundo lugar, podeis ayudarnos con alguna cooperacion intelectual. Esta es la obra de todos los cristianos, de los ministros de Dios primeramente, del clero católico en masa, de todos los fieles cristianos, si se elevan, aunque seculares, al sacerdocio del cielo, de la abnegacion y del trabajo por Dios. Todos pueden ayudarnos, trabajando en la obra comun con ese espíritu de sacrificio que echa los cimientos de las obras de Dios.

Las obras de Dios, las máximas de la Iglesia de Cristo han sido hace medio siglo desposeídas de todo asilo. El espíritu pagano teme sin duda que se encarne el espíritu de Dios. Mas Dios bendice la fé de los que trabajan en reparar esas ruinas y procuran dar un asilo á las máximas divinas.

De este modo es, pues, como pueden ayudarnos los que no toman parte activa en la lucha que la Iglesia militante tiene que sostener contra los enemigos de Dios.

Veamos ahora cuál es el deber de todos esos fieles. Su deber no se encierra en una ú otra obra particular. Consiste en practicar el Evangelio, esto es, hacer penitencia y participar del sacrificio, para que llegue el día del reinado de Dios, y llegue lo más pronto posible. Su deber es tomar la cruz y seguir con ella á nuestro Señor Jesucristo. Los tiempos en que vivimos reclaman cristianos que no se duerman en su fé. Hacen falta combatientes y obreros.

Todo cristiano debe ser obrero ó combatiente, porque es preciso defender la cruz y desterrar el espíritu pagano, el espíritu enemigo de la cruz, de esta sociedad moderna, fundada sobre la luz, la fuerza y la virtud de Jesucristo. Mientras nosotros dormimos, el enemigo marcha. No le dejemos avanzar. Tomad la cruz, levantad la cabeza, ocupaos de los intereses de la justicia y de la verdad, y cesad de buscar en este mundo frívolo todos vuestros placeres y todos vuestros negocios. Mengua para aquel que, entre tantos negocios, no tiene uno solo cuya base sea Dios. Baldon para el que, entre sus mil placeres, no tiene uno que venga de Dios. Se acerca el tiempo en que el hombre que viva solo para sí, se-



EL MONTE SINAI.

gun la frívola y viciosa rutina del viejo mundo decrepito, no será un hombre á los ojos de sus semejantes, sino un afeminado. Se acerca en que, como en la época de las cruzadas, las mujeres enviarán al hombre que quiera vivir entregado á la ociosidad, la rueca de hilar, como un presente de ignominia y de vergüenza.

Se acerca, en fin, el tiempo en que, despertándose los cristianos de su letargo, cultivarán con ardor la ciencia y la práctica de la cruz, viendo en ella el tránsito de esta vida que muere, á la vida eterna; de la vida terrestre, corrompida y corruptora, siempre en decadencia, á la vida generosa, grande y fecunda que impele el mundo hácia la justicia y marca el término desde el cual la nueva humanidad, fundada por la cruz del Salvador, reinará sobre la tierra entera para gloria de Dios y paz y salud de los hombres.

SECCION BIOGRÁFICA.

EL CARDENAL WISEMAN.

(Conclusion.)

No podemos dispensarnos de recordar un diálogo muy notable que refiere un su apologista. En aquellas circunstancias se trató de intimidarle, é hicieron se le acercasen personas de su confianza asegurándole habian oido repetir aquellas palabras de Enrique VIII á Frisher: *El Papa puede enviaros el capelo si le place, pero yo haré de modo que no tengais cabeza para llevarle*. Con este motivo le añadieron:—Hemos oido decir que la reina y el Parlamento trata de quitaros el título de arzobispo para que no tengais apoyo en la aristocracia.—No importa; el hombre de Dios es el hombre de todos: seré arzobispo de la clase media.—La clase media os volverá la espalda por evitar compromisos.—Bien; seré arzobispo del pueblo.—¿No veis que el pueblo os desprecia y arrastra vuestra imagen?—Seré arzobispo de los pobres, de los enfermos y de los presos.—¿Y si os encierran en la cárcel, con qué os defenderéis? Con esta; y llevando la mano derecha á la cruz pectoral, preguntó con un ardiente celo:—¿Acaso no escribió Dios en la bandera de Constantino: *Con este signo vencerás*?...

Y venció, señores, puesto que con la gracia divina y con la actividad de su inteligencia consiguió calmar las pasiones, cambiar la opinion pública y hacer que la prensa, y el Parlamento, y el pueblo se pusieran de su parte, conviniendo todos en que realmente era una intolerancia indebida é incongruente privar á los católicos del derecho á tener sus obispos y su gerarquía; así como no era propio de pueblos civilizados hacer sufrir las humillaciones que pocos años antes deprimian á los católicos, cerrándoles los Parlamentos, quitándoles la prensa, y las escuelas, y los colegios; relegándolos á la más dura servidumbre, hasta la célebre acta de emancipacion, debida á la bandera que levantó el gran O'Connell con el grito: *¡A mí los católicos! ¡El catolicismo es la libertad!*

Y bien, señores; O'Connell, pocos años antes, sin más armas que la persuasion y el convencimiento, reconquista todos los derechos políticos de los católicos y aparece como un precursor del restaurador y evangelizador de Inglaterra el cardenal Wiseman, que con las mismas armas y sin más fuerzas que la oracion y su palabra habia destruido hasta el último baluarte de la herejía y del protestantismo. El cambio que obró en todos los espíritus está justificado en toda la prensa de aquella época, que se hizo eco de las elocuentes palabras é ilustrados escritos del cardenal, siendo traducidas en toda Europa. Permi-

La característica fundamental de los mosismos es el moismo: de aye las es asocia ganad te Wi envol poco tolado En Españ res at ejerci

tidme que os lea un importante párrafo suyo, dirigido al cabildo protestante de Westminster, que tan cruda guerra le había hecho.

«Westminster se compone de dos partes muy diversas: una es la magnífica abadía con sus palacios y parques deliciosos; tiene en ella el cabildo sus derechos y prescripciones. Bien puede el cabildo gozarlos, pasearse por ellos y divertirse sin temor de ser turbado. Pero lícito me será á mí visitar la antigua abadía, y allí, allí, sobre la tumba de nuestro santo rey Eduardo, recordar aquellos días en que la Iglesia era frecuentada por el pueblo devoto... Todavía hay otra parte próxima á este monumento y á los tesoros artísticos que encierra, y que por cierto dista mucho de sus ricas dotaciones; presenta más bien un singular contraste que me pertenece á mí solo. Junto á la abadía hay multitud de recintos donde se albergan el vicio y los delitos, mezclados y confundidos con la miseria y toda clase de desgracias, recinto donde la atmósfera está impregnada de tifus, donde el aire que se respira es el cólera. Pues bien: esa es la parte de Westminster que yo deseo. Allí iré á buscar las ovejas descarriadas, allí el obispo ejercerá su ministerio: consolar y convertir.»

Señores, si esto no bastara para probar el espíritu apostólico de tan venerable prelado, lo sería tan solo el recordaros la creciente estadística que cada año de su pontificado contaba el prodigioso aumento de fieles á la unidad católica y á sus prácticas religiosas.

Supo imprimir tal movimiento hácia la fé y las costumbres, que en poco tiempo crecieron extraordinariamente el número de iglesias, de conventos, de colegios, de hospitales, y tantas otras fundaciones debidas todas á su ardiente celo y á su inquebrantable voluntad, vencedora siempre de las trabas y de los obstáculos.

En 1829 solo contaba Londres 29 iglesias y un convento católico, y ya en 1863 leemos en sus datos estadísticos 117 iglesias, 46 conventos y un gran número de casas y establecimientos de caridad y de enseñanza públicas; y lo que es más, señores, en ese mismo centro del protestantismo tuvo la gloria de celebrar un concilio provincial, dando ejemplo á naciones católicas como la nuestra, olvidada por tantos años de reunir esas asambleas cristianas, tan necesarias á la fé y á la moral como á la disciplina y á la liturgia. El sínodo de Londres verificado por el cardenal Wiseman, será siempre un testimonio irrefragable del celo pastoral de tan esclarecido príncipe de la Iglesia.

La historia de la Iglesia tiene siempre un mismo carácter y una marcha igual en todos tiempos. En su fundación como en su restauración se ven los mismos fenómenos, y ni la persecución ni el martirio mismo detiene jamás su progreso.

El cardenal Wiseman podía decir al protestantismo inglés lo que Tertuliano escribía á Septimio Severo: *Hesterni sumus et vestra omnia implemus*. Somos de ayer y lo llenamos todo; los templos, las cátedras, las escuelas, la prensa, el Parlamento y todas las asociaciones aristocráticas y populares habían sido ganadas por el catolicismo predicado por el ferviente Wiseman. Este evangelizador del siglo XIX, desmenuando toda la actividad de su fé, recoge en poco tiempo el más abundante fruto de su apostolado.

En los diferentes viajes que hizo por la Italia, por España, por Irlanda y por Escocia, mereció las mayores atenciones, y era tan señalada la influencia que ejerció en todas partes, que predicando en Oxford

consiguió modificar las opiniones de los teólogos y juristas, convenciendo de sus errores á los cateóricos y doctores más notables. La sencilla división que hizo de la potestad de la Iglesia en potestad de orden y potestad de jurisdicción, bastó para hacer fijar los entendimientos vacilantes unos y sumidos otros en las erróneas doctrinas de Eibel y Febronio y otros muchos canonistas heréticos y cismontanos que confunden las dos potestades, bases fundamentales de la ortodoxia católica.

No podemos omitir tampoco su permanencia de doce días en Sevilla á su paso para Roma, ni quitar la gloria que cabe al ilustrado escritor, nuestro coacadémico el Sr. Carbonero y Sol, al describirla admirablemente: «Doce días, dice, permaneció en la ciudad en que recibió el sér y la regeneración á la gracia en las fuentes bautismales, y en todos ellos, antes de corresponder, como lo hizo dignamente, á las demostraciones de afecto y de admiración de sus conciudadanos, quiso recrear su alma y fortalecerla con la oración en la parroquia en que fué bautizado (Santa Cruz), en la santa iglesia catedral, en la capilla de nuestra Señora de los Reyes, en los altares de San Fernando y la Virgen, llamada *La Antigua*, y en cuantos lugares recordaba su mente había sido conducido por sus piadosos padres, y en los que sintió por primera vez esas emociones de la fé y la piedad que, embalsamadas con lágrimas del fervor paterno, se imprimen en nuestra alma para no borrarse jamás y ser el gran escudo de nuestra defensa, áncora para los naufragios del mundo, y luz que nos alumbró en nuestra trabajosa peregrinación.

Sevilla seguía por do quiera á su ilustre hijo; Sevilla le aclamaba su sabio y su apóstol; Sevilla quiso perpetuar el recuerdo de su visita con dos actos altamente honoríficos: uno decretado por el ayuntamiento mandando colocar su retrato en el gran salón de sesiones en las Casas capitulares, otro confiriéndole la universidad el grado de doctor en teología. Descuido lamentable ha sido de todos los biógrafos del ilustre Wiseman no haber hecho mención de estos homenajes que Sevilla rindió á su hijo, de estas dos coronas de gloria que el esclarecido hijo recibió de tan esclarecida madre...» El cardenal Wiseman, deseando acreditar su gratitud á la ciudad que le rendía estos homenajes de su aprecio, regaló á la universidad un ejemplar de todas sus obras, escribiendo en la portada lo siguiente: *A la universidad de mi querida patria.—El autor.*»

En Irlanda también recibió una continuada ovación en todo el tiempo que visitó sus principales poblaciones. En todas partes, con la fuerza de sus palabras, ejercía un poder mágico, no limitándose solo á la predicación del dogma y la moral, sino que como eminente filósofo y amante apasionado de las ciencias y de las bellas artes, sabía dar á sus discursos esos encantos armoniosos que hay entre la religión y todo lo bello, todo lo bueno y todo lo grande.

Sus discursos en Leeds y Liverpool y en el Instituto real de Londres son una prueba de sus vastísimos conocimientos en lenguas, en ciencias, en literatura, en artes, en industria y comercio, basados todos en el más puro criterio católico, con cuya religiosa bandera su talento superior hacía sabias excursiones en todos los ramos del saber humano.

En Roma, en 1854 como en 1862, se hizo notable entre el episcopado del mundo católico que acudió al llamamiento del inmortal Pío IX, haciendo una gran figura en todas épocas, ora en la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, ora en la solemne canonización de San Mi-

guel de los Santos y los mártires del Japon, y ora también en la felicísima idea del mensaje al Papa sobre el poder temporal, redactado por nuestro compatriota Wiseman y suscrito por todos los obispos, como homenaje debido al sabio escritor primado de Inglaterra.

El luminoso y extenso discurso (de cuatro horas), que leyó en Malinas en Agosto de 1863, conmovió al Congreso católico, compuesto de más de cuatro mil personajes, no solo hijos de Bélgica, sino las eminencias del catolicismo.

¿Y cómo, señores, ante estos hechos no ha de tener nuestra España un noble orgullo al recordar al varón insigne que tanto lustre ha dado á la religión y á su patria? Así lo comprendió nuestra augusta reina Doña Isabel II cuando tan espontáneamente le confirió el collar de la gran cruz de la orden de Carlos III, de la que por ser consagrada á la Inmaculada Concepción de la Virgen María y por su notable lema, *Virtuti et merito*, nadie, señores, como el cardenal Wiseman era más digno de vestir el manto y llevar sus insignias.

A la no menos ilustre y veneranda orden de San Juan cabe también la gloria de contarle en el número de sus caballeros, y particularmente á los de la lengua de Castilla, quienes más de una vez, según se nos asegura, han leído benévolas frases que desde Roma y Londres se sirvió escribir enalteciendo la orden y asegurándola un lisonjero porvenir.

Ahora bien, señores académicos, si como orador habeis visto aparecer al cardenal Wiseman como una potencia que mueve y convence á cuantos le escuchan, como escritor es un novísimo santo padre (el Tertuliano del siglo XIX le llamó el Sr. Palau, obispo de Barcelona), que embebido en el espíritu de la religión verdadera, destruye los errores y dirige la humanidad hácia los manantiales puros de la ley cristiana conservados por la Iglesia católica.

Persuadir, convencer, atraer al protestantismo á que enlace su fé con la fé de sus mayores. Hé aquí todo el plan del cardenal Wiseman. Su voz en el púlpito pareceme como el silbo de un buen pastor que quiere reunir las ovejas que se han descarriado de su redil; como la voz de un padre tierno y amoroso que por el bien de sus hijos los amonesta con dulzura y quiere que por convicción abracen las leyes del honor, las prácticas de la virtud.

Su pluma la deja correr con este mismo pensamiento en tantas y tan notables obras como ha escrito y han sido publicadas y traducidas en todos los idiomas.

Tres grandes hombres, señores, descuellan especialmente en la sublime idea de convencer, persuadir y atraer á la unidad católica á las Iglesias disidentes y á las Iglesias protestantes. Todos vosotros adivináis quiénes son... Bossuet, nuestro Balmes, nuestro Wiseman. *Las variaciones del protestantismo del uno, El protestantismo comparado del otro*, y los discursos del último sobre *las relaciones entre la ciencia y la religión revelada* y sus notables *Conferencias sobre el protestantismo*, son sin duda la última razón católica que ha de pesar en la balanza del criterio religioso, para que los disidentes vuelvan á la fé de Pedro vinculada en el papado y sostenida pura por la Iglesia católica, apostólica, romana, á la que está solemnemente prometido: *Fides non deficiet tibi*.

No faltarán sabios escritores que se ocupen, no solo en darnos á conocer las obras que acabamos de citar del cardenal Wiseman, sino las muchas joyas científicas y literarias que nos ha dejado para inmortalizar su nombre, difundir su espíritu y arraigar

la sana doctrina en todas las naciones de la tierra. Nosotros nos limitaremos solamente á citar algunos de sus escritos conocidos en toda Europa é impresos en varias épocas.

En 1829 se publicaron las *Horas siriacas*, que son, señores, el comprobante de sus grandes conocimientos en las lenguas orientales: contienen comentarios y noticias de grande interés sobre la literatura siríaca.

En 1831, *Esterilidad de las misiones del protestantismo*, obra interesante que escribió en italiano y pone de manifiesto el contraste singular entre la abnegación, el celo y extraordinaria unción de nuestros misioneros y los del protestantismo, cuyos vínculos é intereses no son los más á propósito para convertir infieles.

En 1836, *Relaciones entre la ciencia y la religion revelada*. Esta sapientísima obra fué traducida á casi todos los idiomas, cabiéndonos la gloria en España de haber sido los primeros que hemos estudiado los magníficos pensamientos que tiene acerca de la gran armonía que existe entre la revelación y la ciencia, probando que la Biblia no teme la observación de los fenómenos naturales, antes bien son una confirmación de su verdad divina, como lo manifiestan los estudios de autoridades tan competentes como Leibnitz, Newton, Kepler y los naturalistas y geólogos de nuestros tiempos, que se humillan ante los sagrados textos, incontestables por su perfecto acuerdo con los últimos adelantos científicos.

Sus *Conferencias sobre la Iglesia, y diversos artículos de la fe católica* han sido también impresos y publicados en muchos puntos del globo.

Los *Ensayos sobre diversos objetos y Recuerdos de los últimos cuatro Papas*, son una bellísima historia de Pio VII, Leon XII, Pio VIII y Gregorio XVI, cuyos soberanos Pontífices conocieron y distinguieron mucho á nuestro cardenal Wiseman.

Publicó en la *Revista de Dublin* otros muchos artículos, que eran leídos con avidez por su brillante estilo y por su erudición y doctrina.

Los preciosos trabajos literarios que nos dejó también impresos, tanto en prosa como en verso, son de un gusto exquisito, como los *Himnos de San Edmundo y de San Casimiro á la Santísima Virgen*; *La joya escondida*, precioso drama en dos actos. Su último trabajo literario acerca del gran poeta Shakspeare, no sabemos se haya publicado; solo hemos visto algunas ideas recogidas al efecto por el cardenal respecto á la definición del *genio*, y otras no ménos filosóficas sobre la *introspección*, haciendo nacer de ella la exactitud con que Shakspeare describe las varias fases de la inteligencia, más bien hijas de la percepción intuitiva que de la observación.

Su popular novela, que tituló *Faviola ó la Iglesia en las catacumbas*; esta obra y su opúsculo, *La Roma antigua y la Roma moderna*, bastarían para hacernos reconocer el profundo arqueólogo instruido en todo género de antigüedades; por lo que no es extraño le deba nuestra Academia tan grata memoria. Académico de honor de ella, fundador y presidente de la sección Arqueológica de Londres, nos honró altamente en vida. Nosotros honraremos su nombre y le bendecimos después de su muerte.

Aquí concluiríamos, señores, si no hubieran llegado á nuestras noticias sus últimos momentos y los últimos homenajes que se le han tributado en Inglaterra, en Roma y en España, no siendo mi voz tampoco el último eco que tal vez resuene en el mundo

en gloria del *sabio y eminente varón*, como le llamó nuestro Balmes.

Una vida tan laboriosa era preciso llegara á resentir su salud; y en efecto, vino á agravarse tanto, que hubo necesidad de operarle un *antrax* que se le habia formado sobre un párpado, á fin de evitar la gangrena. El cardenal sufrió la arriesgada operación con una resignación admirable, pues según declaración del profesor quirúrgico, distó el bisturí del globo del ojo y de una arteria ménos espacio que el de una delgada hoja de papel.

Sin embargo, el mal tomó el mayor incremento, y bien pronto el cardenal conoció toda la gravedad de su enfermedad, y rogó á los médicos le dijeran francamente su pronóstico; mas al oír que se habian empleado todos los recursos de la ciencia y que debiera esperarse la reacción, contestó con la mayor dulzura: «Solo en Dios hay que tener esperanza.»

Como es la vida es siempre la muerte, señores, y no es aterradora esta para las almas que, unidas con Dios, desean tan solo el momento de desligarse de los vínculos de la materia y rendir cuenta de sus talentos al Supremo Juez dador de todo bien perfecto.

Esta era la idea fija del ilustre enfermo, y desde aquel momento toda la energía que habia empleado en la salvación de los demás la empleó en sí propio, preparándose para comparecer ante Dios.

Entregó el gobierno de su diócesis á su vicario general, despachando antes por sí mismo todos los asuntos urgentes, y después... no pensó más que en el viaje de la eternidad. Recibió el sagrado Viático, asistido de su confesor y sus capellanes, é hizo se le dijera una misa delante de su cama, bendiciendo el agua y besando el Evangelio.

Reunidos después en su propia cámara y rodeando su lecho todos los canónigos de su iglesia, hizo se le leyese el símbolo de Pio IV, y al concluirlo, con voz clara y lleno de fervor, dijo: «Declaro delante de mi cabildo que no tengo ni he tenido jamás la menor duda, ni he vacilado nunca de ningún artículo de nuestra santa fe. He procurado enseñarla, y deseo trasmitirla íntegra á mi sucesor. *Sic Deus me adjuvet et hæc Sancta Dei Evangelia.*»

Pidió la sagrada Extremaunción á su vicario general, el doctor Hearne, y con toda la ternura de un padre abrazó á todos y á cada uno de los que asistían, dándoles su bendición paternal.

La muerte á pasos agigantados parecia acercarse al lecho del prelado. Ya tan solo se le oía repetir con voz débil y palabras entrecortadas: *Concupisco dissolvi et esse cum Christo. Melior est mori et esse cum Christo.* En otros momentos, fijando sus ojos en una imagen de Jesus crucificado, *To himself He showed no mercy. No tuvo piedad de sí mismo...* ¡Oh fé ardiente y sincera del prelado católico! El Señor va á premiar en el cielo las virtudes de este atleta de la religion; pero antes de abandonar la tierra, quiere que aquel espíritu, todo embriagado en el amor de Dios, reciba otro consuelo que le inundó de gozo y anticipó su gloria.

Ya sabeis, señores, quién es Mons. Manning, aquel doctor conducido al redil de Jesucristo por la unción apostólica del cardenal. ¿Dónde está este su hijo, su amigo y su discípulo amado? ¿Dónde está? El cardenal quiere que recoja su última palabra.

¡Ah, señores! Hay sucesos en el mundo que si bien parecen puramente casuales, tienen sin embargo un carácter de sabias disposiciones del Altísimo sometidas, como todas las cosas del mundo moral y del mundo físico, á su divina providencia.

Mons. Manning se hallaba en aquellos momentos

en Roma. Allí recibió la infausta nueva de hallarse moribundo el hombre que más amaba, el salvador y director de su alma, aquel hombre de quien el mismo Pio IX habia dicho varias veces: «Es la Providencia de Inglaterra.»

Pues bien: inmediatamente se puso en marcha para besar por última vez las manos que le habian consagrado y conducido al verdadero camino que enseñó el que murió en el Gólgota por los hombres.

El Señor permitió se prolongase la vida del cardenal Wiseman hasta estrechar en sus brazos á aquel su digno discípulo, que á la vez de sus lágrimas, le llevaba la bendición apostólica que el padre comun de los fieles, el vicario de Jesucristo le enviaba como prueba de su entrañable amor, como testimonio de su profundo sentimiento.

Señores, no es mi objeto describir esta interesante escena, que llenó de ternura á todos los circunstantes; cumple tan solo á mi propósito fijar los hechos que dan á conocer la vida y la muerte del grande Wiseman, y consagrar una eterna memoria al que, como español, fué una gloria de nuestra patria, como príncipe de la Iglesia una refulgente antorcha de ella, y como filósofo y literato una rica joya del siglo presente.

Sus virtudes y sus merecimientos se ha encargado de publicarlos toda la prensa europea, sin distinción de partidos ni de sectas, y hasta los mismos que un día le vituperaron son hoy sus entusiastas y los primeros en tributarle elogios y hacerle cumplida justicia. Su última enfermedad, con todos sus detalles, ha sido escrita por el canónigo de Westminster, Dr. D. Juan Morris, la que hemos recibido por el ilustre español, amigo íntimo del cardenal, el señor conde de Torre Diaz. Allí leemos que en su postrero instante el prelado recordaba la muerte del obispo español (el de Cádiz) Fr. Domingo de Silos Moreno, que vió cumplido su deseo de verse en la última hora rodeado de sus monjes benedictinos; y también el cardenal Wiseman rodeado de los suyos, y oyendo, como lo habia deseado, las últimas palabras de la Iglesia, voló á su eterno descanso...

Eran las ocho de la mañana del 15 de Febrero de 1865, en cuyos momentos Mons. Manning acababa de decir misa para que tuviera buena muerte.

Así mueren los justos... y su memoria será eterna...

NOTA.

Hoy en el mármol y en el bronce están ya esculpidos sus fastos, y consignada la inmortal gloria de su nombre. Entre las muchas inscripciones que se han compuesto en su memoria, hemos elegido para concluir la que el mismo cardenal compuso en vida, y fué esculpida en una lápida de mármol, la que recordó antes de morir á fin de que el Dr. Gilbert llevara el claro que habia dejado para la fecha de su muerte, y dice así:

*Nicolaus S. R. E. Card. Wiseman
primus archiep. Westmonaster.
ne e memoria Deum precantium
merito excideret
hunc lapidem vicus sibi posuit
qui cum ab ineunte adolescentia
apud animum suum statuisset
in fide catholica illustranda
juribusque Ecclesiae et S. S. Tuendis
vitam insumere ab hoc proposito
usque ad Extremum Spiritum
sciens nunquam declinavit
quam
ad pedes indulgentissimi Domini rogaturus
diem suum obiit.
(XV Februar. MDCCCLXV.)
Orate pro eo.*

JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.

SECCION HISTÓRICA.

LOS MONJES DE OCCIDENTE

DESDE SAN BENITO HASTA SAN BERNARDO,

POR

EL CONDE DE MONTALEMBERT

de la Academia francesa.

(CONTINUACION.)

Pasemos sobre la decadencia de las artes, el envejecimiento de las letras, la muerte de las ciencias. Cerremos los ojos sobre la deshonra de las escuelas, víctimas de una fraseología enfática y de pueriles sutilezas, pero sepamos reconocer que en esa sociedad que se llama á sí misma cristiana, la miseria moral es mil veces mayor que la miseria material, y que la servidumbre destruyó todavía más las almas que los cuerpos.

Todo está allí enervado, decrepito. Ni un hombre grande, ni un gran carácter sobrenada en aquel fango. Eunucos y sofistas de corte gobiernan el Estado sin oposicion; si alguna encuentran es en la Iglesia. Despues de Teodorico, es preciso que una mujer, verdaderamente cristiana, una santa, Pulqueria, venga á sentarse por unos momentos sobre el trono de Constantino para hacerle respetar. Si de vez en cuando se levanta un capitan, un hombre de corazon y de talento, sucumbe como Stilicon, como Aecio, como Belisario, bajo la envidia homicida del señor, que no puede soportar ni una fuerza ni un nombre que haga sombra á su omnipotencia. Mientras viven su fama es un título de proscripcion, y su misma muerte no basta para hacerla resplandecer. Parece que el aire infecto que respiraron ha desteñido su gloria, que la historia conserva sin brillo y sin prestigio.

En aquellos tiempos desastrosos, para descubrir algun rastro de esa grandeza, de esa fuerza, que son el legítimo patrimonio de la más noble criatura de Dios, hay que volver los ojos á la Iglesia. Allí solamente, en los diversos órdenes de la jerarquía eclesiástica, y á pesar del yugo de los emperadores teólogos, se podía vivir, luchar y hasta brillar.

Grandes y pequeños, los últimos vástagos de los patricios de Roma, las antiguas razas de los países conquistados, los plebeyos de todas las provincias, condecorados en masa con el nombre de ciudadanos romanos, nombre despreciable desde que habia perdido su primitivo valor, todos podian demandar, todos podian recobrar en la ciudad de Dios su perdida dignidad, su libertad confiscada. Solo la Iglesia ofrecia un alimento suficiente á cuantos conservaban un resto de energía, de actividad, de inteligencia y de abnegacion, porque á todos brindaba con una inagotable serie de sacrificios y de victorias. El génio, la gloria, la virtud, el valor, la libertad, todo cuanto ennoblece la vida, aun bajo el punto de vista humano, no se encontraba más que en

la Iglesia, en el seno de aquellas grandes controversias, de aquellas luchas incansables por la salud de las almas y el triunfo de la verdad; luchas en que la Iglesia tenia siempre de su parte el derecho; el génio y la razon, sin que todo eso le bastase para ganar su proceso ante el trono de sus protectores.

Pero Dios, al lado de la sociedad espiritual instituida y regida por El mismo, ha creado la sociedad temporal, y si en ella, como en todo, se reserva la secreta marcha de los acontecimientos y el cuidado de descargar los grandes golpes de su infalible justicia, ha dejado el gobierno habitual á la libre é inteligente actividad del hombre. Reducir la vida ó todo lo que la da valor á esta sociedad temporal, encerrarla en la servidumbre, en la indiferencia, en la miseria moral, para no reconocer más que á la sociedad espiritual el derecho de vivir y el de engrandecerse, es empujar hácia el abismo á la humanidad.

Esto se ha visto más de una vez en la historia, como se ha visto tambien el exceso contrario; pero semejante estado de cosas repugna á las leyes de la creacion. No está conforme con las miras de Dios, ni conviene al interés de la Iglesia condenar la sociedad civil á la nada. El hombre tiene otros derechos distintos que el de elegir entre el sacerdocio y la servidumbre. Nada hay que más se aproxime al cielo que un monasterio habitado por religiosos voluntariamente desligados de la tierra; pero transformar el mundo en un claustro poblado de monjes involuntarios, seria contrahacer y sobrepasar al infierno. Dios no ha querido jamás hacer de la esclavitud y de la degradacion del mundo la condicion de la libertad de su Iglesia. Por fortuna llegará el tiempo en que al par de la Iglesia triunfante y libre, surgirá una sociedad ardiente y humilde en su fé, pero enérgica, belicosa, generosa y viril hasta en sus extravíos; tiempo en que la autoridad será á la vez santificada y contenida, la libertad ennoblecida por el sacrificio y por la caridad; en que los héroes pasarán rozándose con los santos; en que los claustros, más que nunca poblados, no serán el único asilo de las almas justas; en que muchos hombres, no todos, pero muchos, recobrarán la plena posesion de sí mismos; en que los soberanos contarán con el apoyo de sus pueblos, los fuertes con el de los débiles, y todos con el de Dios.

En los siglos iv y v no se vislumbraba todavía la aurora de esta trasformacion necesaria. Todo el antiguo mundo imperial estaba en pié. El cristianismo habia aceptado aquella abyeccion como lo acepta todo, con la confianza sobrenatural de ayudar al bien y restringir el mal. Pero á pesar de su fuerza y su origen divino, á pesar del humilde y celoso respeto de los padres y de los Pontífices hácia la majestad decrepita de los Césares; á pesar de sus hombres

de génio y de sus santos, el cristianismo no llegaba á conseguir transformar la sociedad antigua; pero lo que entonces pasó nos ha dejado una memorable enseñanza de lo impotente que son el génio y la santidad contra la corrupcion que engendra el despotismo.

El viejo mundo estaba en la agonía. El imperio se derrumbaba lentamente en medio de la vergüenza y del desprecio, acometido de esa triste debilidad que no inspira ni aun compasion. Tales eran los resultados del imperio romano dos siglos despues de haberse convertido al cristianismo.

En el órden espiritual caminaba hácia el cisma que, bajo los Césares de Bizancio, debia arrancar á la unidad y á la verdad más de medio mundo del convertido por los apóstoles. En el órden temporal propendia á ese miserable régimen del Bajo imperio, cuyo solo nombre es una injuria.

Para que la Iglesia pudiera salvar á la sociedad, se hacia preciso en la sociedad un nuevo elemento, y en la Iglesia una fuerza nueva. Eran precisas dos invasiones: la de los bárbaros en el Norte, y la de los monjes en el Mediodía.

Y aparecen: primeramente los bárbaros. Vedlos presos de esos romanos, enervados por la servidumbre de esos emperadores impotentes en el seno de su omnipotencia.

Víctimas oscuras al pronto y prisioneros desdénados de los primeros Césares, despues auxiliares sucesivamente halagados y temidos, luego enemigos irresistibles; vencedores, en fin, y dueños del humillado imperio, avanzan, no como un torrente que pasa, sino como una marea que va y viene, vuelve y se enseñoorea del terreno que ha invadido.

Como ella, avanzan, retroceden, se retiran, vuelven y triunfan. Los que desean detenerse y entrar en tratos con los romanos, son á su vez derribados, barridos, arrollados por la ola que les sigue. ¡Vedlos! Ya descienden por el valle del Danubio, que les pone en camino de Bizancio y del Asia Menor. Llegan hasta los Alpes y se precipitan sobre Italia. Atraviesan el Rhin, franquean los Vosgos, los Cevennas y los Pirineos; inundan la Galia y la España. El Oriente se figura que será respetado: ¡vana ilusion! La tempestad se desencadena, se derrumba desde la cima del Cáucaso, y lo inunda á su vez.

Los lobos del Norte (así los llama San Jerónimo), despues de haberlo devorado todo, van á beber en las aguas del Eufrates. El Egipto, la Fenicia, la Palestina, todo lo que no visitan en su primera excursion, tiemblan de miedo. No es ya un pueblo solo, como el pueblo romano; son veinte razas distintas é independientes. No es ya el ejército de un solo conquistador, como Alejandro y César; son veinte reyes desconocidos, pero intrépidos, que tienen soldados y no súbditos; que gozan de prestigio entre sus sa-

cerdotes y sus guerreros; que se hacen perdonar su poder á fuerza de perseverancia y de audacia. Todos obedecen á un instinto irresistible y llevan á sus flancos los destinos y las instituciones de la cristiandad futura.

(Se continuará.)

EL PADRE ISLA. RETRATADO POR SÍ MISMO.

(Continuación)

«Aquí hemos tenido un largo y cruel invierno de nieves, aguas y hielos... pero yo, por la mi-

sericordia de Dios, no me acuerdo de otro en que haya padecido ménos, contra lo que me prometían las graves y peligrosas incomodidades que sufrí en el otoño, gracias á la Providencia del Señor, á lo mucho que me cuidan estos señores y á las precauciones que yo tomé condenándome á reclusion en mi cuarto, sin salir de él sino para decir misa en el oratorio, que está en el mismo piso y casi tabique en medio, con cuya comodidad he podido tener el consuelo de celebrar diariamente el Santo Sacrificio...»

«...Yo te rindo las más humildes y recono-

cidas gracias por los dos mil reales conque me socorre tu amor y tu generosidad... Este socorro llega oportunísimo, porque médico, botica y cirujano se sorbieron todo el poco dinero que tenía, no sufriendo el honor ni la razón que permitiese yo cargasen estos señores con mis gastos extraordinarios, cuando no son pocos los que se echaron áuestas en los regulares que han querido hacer conmigo, tanto más generosamente, cuanto absolutamente de nada les sirvo, lo que es sin ejemplar en cuantos españoles y americanos estamos sembrados por toda la Ita-



LOS OBISPOS DE AUXERRE Y SOISSONS PRESTANDO JURAMENTO EN MANOS DE NAPOLEON III.

lia. Es cierto que hay varios de ellos en casas de señores; pero ninguno que no sirva ó de capellán, ó de secretario, ó de maestro y ayo de sus hijos, y algunos de todo esto junto. Solo yo de nada sirvo á estos mis condes, tanto, que aun

cundo en la ciudad quieren oír misa en casa, hacen venir un clérigo que se la diga, no queriendo de ningún modo sufrir que yo altere mis horas, y cuando vamos á *campaña* llevan siempre consigo á lo ménos otros dos españoles para

que les digan dos misas y me hagan compañía, empeñados en que yo he de celebrar la misa cómo y cuándo me acomode, sin la más mínima sujeción. Algunas veces me he querido quejar, pero luego me tapan la boca diciendo que calle

y obedezca, pues solo me han traído á su casa para que cuide de mí y descuide todo lo demás...

Voy á daros á conocer, como en familia, una sencilla expresion del agradecimiento del padre Isla por tantos beneficios: «En la carta del 14 de Marzo... te decia debes escribir de tu puño á mi condesa Todeschi para acompañarla con el tabaco que se ha de presentar á tu nombre, sin cuyo medio seria muy dudoso poderla reducir á que le admitiese, por lo mucho que me costó vencerla á que aceptase tal cual miserable es-

presion de mi pobreza...» «El día de San Pedro recibí los cuatro botes de tabaco... Inmediatamente presenté tres á mi condesa, juntamente con tus cartas, cuya respuesta te dirá mejor que yo la grande estimacion con que esta y aquellos fueron recibidos, repartiéndose á rata por cantidad entre mujer, marido y cuñado, que comienzan y no acaban de celebrar la preciosidad del tabaco y la abundancia del exquisito regalo. De aquí inferirás las gracias que todos me encargan darte á nombre suyo, y las que te corresponden en el mio, habiéndome aliviado en gran

parte el pundonoroso rubor que me causaba verme tan favorecido y sin arbitrio para dar algun indicio de que no me habia tocado un corazon insensible. El Señor te lo premie, ya que yo no lo puedo hacer sino amándote tanto como á mí y dándote en todos mis sacrificios y tibias oraciones tanta parte como la que puedo tener yo...»

Con frecuencia pondera el padre Isla á su hermana los deseos que de conocerla manifestaban tanto los condes como la marquesa. En una ocasion hasta llega á proponerla un viaje á Ita-



INTERIOR DE LA IGLESIA CATEDRAL DE NUESTRA SEÑORA EN EL ACTO DE DAR AL PUEBLO EL ARZOBISPO DE PARIS SU BENDICION APOSTÓLICA.

lia.—«Muchas de las principales señoras de esta gran ciudad desean verte. La más antojadã de todas es la viuda del difunto Welf, mariscal de los ejércitos del emperador, conde Pallavicini, quien cuando vivia te brindó por mi medio con un cuarto en su palacio. El viaje es corto, tu salud robustísima, la primavera está á la puerta, los hijos nada te embarazarán, doblones es lo de ménos, el alojamiento será cómodo y magnífico; Bolonia merece verse, que aun por eso es tan visitada de tantos soberanos de la Europa; las demás boloñesas, por punto general, agasajadoras, bizarras y *espiritosas*; óperas á pasto, comedias á escoger, músicas de encanto y bailes hasta reventar. Animo, pues, y vente en una litera por mar, que si los machos se ahoga-

ren, no faltarán delfines que te conduzcan en sus húmedas espaldas, pues ya están acostumbrados á servir de palanquin á tal cual damo ó dama...»

Esta descripcion tan entusiasta de Bolonia me trae á la memoria otra de la misma ciudad y de Budrio que el padre Isla dirigió, no á su hermana, sino á un amigo, y que bien merece ser conocida de mis lectores. Dice así: «Este país (Bolonia) no puede ser más delicioso, ni la ciudad más magnífica, ni la gente noble más tratable: limpieza, policía y cultura, expresiones cuantas Vd. quisiere, mas no se hable de otra cosa. Los templos y edificios soberbios, palacios suntuosos, muebles especiales, calles espaciosas, carrozas, tabernáculos, caballos frisonos

(salvo que son de azabache), mujeres polifemas, literatos á pasto, academias como paja, plaza abundantísima, comercio grande y bullicioso, hombres que corren, damas que vuelan y frailes que bailan.

Este es el pueblo en donde vivo; las campañas, jardines, palacios, casinas, bosques, huertas, arroyos, rios, pozos, fuentes; y en una misma pieza, viña, monte, tierra y huerta. Los caminos públicos, como las calles de los jardines reales de Aranjuez y San Ildefonso; los alimentos, de bella apariencia, pero de poca sustancia. El vino es la mitad agua, pero sabe á vino. Las damas más damas lo beben como allá se bebe la horchata. Puede hacer hidrópicos, pero no borrachos...» «Budrio es un bostezo de

ciudad, un flato de pueblo, un regüeldo de corte *à parte post*, y en una palabra, un remedo de todo lo que no es. Hay en él tres conventos, dos de frailes por la mañana y cazadores por la tarde, y el tercero de frailes á todas horas. Item un conservatorio de *suoras* escabechadas, crepúsculos de monjas y pretendientes de lo que saliera, las cuales andan por las calles ni más ni ménos como todos los demás cristianos. Item hay un conde real y verdadero, de carne y hueso como cualquier hijo de Adán; antes bien hay bueyes que no tienen tanto hueso ni carne, el cual parecería bien tras de cualquier recua honrada, ni estaría tampoco mal guiando el famoso carro de Bootes. Finalmente; en Budrio se provee caritativamente y á buen precio á todos los ahorcados del mundo, pues segun el cordel que aquí se fabrica, no parece posible haya alguno cuyo collar no descienda de esta alcuña.»

Entretanto la salud del padre Isla, nada fuerte desde tiempo antes, íbase destruyendo por completo con los años y los padecimientos anteriores. Verdad que á fuerza de cuidados y de no salir de casa podía decir en Marzo de 1777: «Al presente me siento con una robustez sólida ó aparente cual no la he tenido en toda mi larga vida, siendo buena prueba que tres días á la semana como de vigilia durante la Cuaresma, sin haber experimentado hasta ahora la menor alteración. Ayúdame á dar gracias á Dios por tantos beneficios y á disponerme para el largo viaje de la eternidad, que en mis años no puede estar muy distante, á pesar de las falaces señales que me pretenden alucinar; pues lo cierto es que los mozos pueden morir, pero los viejos no podemos vivir.» Pero en Abril de 1779 refiere á su hermana el terrible accidente que habia sufrido, en que llegaron á administrarle la Extremaunción, y desde entonces su estado fué cada día más triste.

«Me levanto, aunque por poco tiempo, de la cama, y me dicen que no tengo por qué temer peligro. Aunque esta seguridad que me dan los médicos me alienta, las resultas me dan algun cuidado, porque me siento impedida la mano, muslo y pié izquierdo, á quienes como lisiados de la parálisis, no comunica el cuerpo su vigor...

«No me han quedado mas reliquias del maligno accidente, que alguna estupidez molesta y dolorosa en todo el lado izquierdo, cierta especie de laxacion en la elasticidad de los nervios que solo me permite un movimiento trémulo y fácil á perder el equilibrio; de manera que no puedo andar ni aun por casa sin el arrimo de un baston y la guardia de un criado.»

«La cabeza, añade más adelante, habitualmente vertiginosa y sujeta á frecuentes vahidos; el lado izquierdo destituido de una gran parte de los espíritus vitales; tanto, que más parece de madera que de carne viva; el manejo del brazo y de la mano como si fuera el de un estafermo

que se mueve por resortes artificiales; no puedo doblar los dedos ni cerrar el puño sin grandes dolores; los propios siento cuando me rasco con la misma mano.... Las piernas tan débiles que cualquiera movimiento las fatiga, y luego se alborotan los rezagos del asma que padecí. Estoy convulso de piés á cabeza, y tanto, que tal cual vez me diferencio poco de un azogado. A esto se añade la antigua incomodidad de la rotura, la cual ha crecido de manera, que por evitar el precipicio de las tripas necesito estar en continua tortura á cualquiera movimiento.... En estos nueve meses mi comida se ha reducido á la sopa, media libra de ternera cocida, dos manzanas asadas y un bizcocho. La cena lo mismo, solo que en vez de carne tomo dos huevos, y en lugar de dos manzanas, una sola.

Como una hora despues del medio dia, ceno á las nueve, acuéstome á las once, levántome á las seis, digo misa en el oratorio que está inmediato á mi vivienda, leo algunos ratos, escribo otros, doy algunos paseitos cuando el tiempo lo permite, sin alejarme de la casa y siempre con un criado al lado, porque así lo quieren mis condes para resguardo de mis accidentes...

«Por lo que toca á mi salud, prosigue diez meses despues, solo te puedo decir que consentí quedar ciego por una violenta y obstinada fluxion á los ojos que me duró casi dos meses, y de la que todavía hay grandes reliquias; que siento suma debilidad en las piernas; que rara vez puedo decir misa, aunque el oratorio está inmediato á mi cuarto; que en todo este riguroso invierno solo he salido de casa á oír misa en el colegio de España, que está casi pegado á ella, y dos ó tres veces al palacio de la marquesa Tanary en silla de manos, por la distancia y porque la flaqueza de mis piernas no puede ya más. La cabeza sumamente débil y los vahidos muy frecuentes...»

En medio de tantos padecimientos, ya acabamos de oír de boca del padre Isla que leía algunos ratos y escribía otros. Efectivamente; en otra parte confiesa tan agradable tarea en esta forma: «Es cierto que no he estado ocioso el tiempo que he vivido en Italia. Mas, ¿qué puede hacer un sastre sin agujas, un carpintero sin herramientas y un mal escritor sin libros (1)? Pudiera haber frecuentado las muchas y buenas librerías públicas que hay en esta ciudad, si no estuviesen todas tan distantes de mi casa y mis piernas no estuviesen cansadas con más de setenta y seis años de servicio. Fuera de eso, una imaginación ya helada, una memoria muerta y una naturaleza ya pedrida, solo es capaz de divertirse en bagatelas...»

Varias cartas y las traducciones del *Gil Blas*

(1) Hé aquí el destino que se dió á los libros del padre Isla cuando los jesuitas fueron expulsados de España: «Mi librería, segun me han dicho, fué aplicada por el rey á la universidad de Santiago. Ella no era grande, pero escogida; la que bastaba para mi diversion, y la que habia menester para varias obrillas que pensaba trabajar.»

de Santillana y del Arte de encomendarse á Dios, escrito en italiano por el padre Bellati, tambien jesuita, fueron los trabajos en que principalmente se ocupó nuestro autor, mencionándolos alguna vez en las cartas á su hermana, á quien dedicó la segunda de estas obras.

(Se concluirá.)

SANTIAGO.

No solo á las costumbres populares, á la calma del hogar, al sentimiento íntimo de todos los sucesos de la vida está ligado el catolicismo entre nosotros, sino tambien á las tradiciones heroicas de nuestras sociedades, á la parte más bella de nuestra historia. Jamás cuando peleaban nuestros antepasados contra el invasor sarraceno, jamás se decidían á entrar en la pelea sin llamar en su auxilio á Santiago.

¡Santiago y cierra España! gritaban los caudillos evocando al apóstol. ¡Santiago y cierra España! repetían sus huestes entusiasmadas, y entraban sin temor en el combate, convencidas de que un poder santo é invisible daba fuerza á sus brazos y escudaba su pecho contra las armas enemigas. Y los soldados llevaban á su lado, protegiendo la más santa de las causas; cruzar sobre su blanco corcel, deteniendo los ejércitos infieles, cercenando cabezas, alanceando moros, derribando escuadrones. Santiago era el protector de los cristianos, el enemigo de la civilización voluptuosa del Oriente, de aquella religion de los sentidos, de las mezquitas árabes y de la esclavitud de la mujer en los harems perfumados.

A Compostela acudían innumerables peregrinos para adorar el cuerpo del santo y cumplir votos solemnes hechos en los momentos de aflicción, y sobre todo en el peligro de las batallas. El apartado rincón de España, cuna de nuestros padres y hoy casi olvidado por sus hijos, era objeto constante de una devota romería: personajes ilustres, magnates opulentos y soldados humildes hacían á pié, y á veces descalzos, el larguísimo camino para depositar sus ofrendas sobre el sepulcro, y los peregrinos eran objeto de una hospitalidad cariñosa. Como propio de aquellos tiempos, caballerescos y gloriosos, los nobles se honraban con vestir el hábito y llevar al pecho la cruz roja de la orden de Santiago, y hacían votos y juramentos de defender la religion y pelear contra los atrevidos y poderosos invasores y amparar á los necesitados, teniendo á gran merced pertenecer á tan honrosa corporación de caballeros.

Santiago tiene tal relacion con la crónica de nuestro país, que su nombre figura en nuestros hechos más notables. Hoy que la piedad se ha entibiado, todavía se festeja con grande animación el día 25 de Julio, consagrado al patron de España, y le saludan con salvas y se conservan

las tradicionales romerías. Nuestros reyes, afectos siempre á las prácticas antiguas y á las tradiciones católicas, dedican anualmente una ofrenda al apóstol, comisionando á alguno de sus altos funcionarios para presentarla en la catedral de Santiago, ceremonia religiosa que se verifica con majestad imponente en el templo del patron de las Españas.

Pero los tiempos han cambiado, y ya no acuden apenas peregrinos á la iglesia compostelana, ni los caballeros de Santiago son lo que fueron sus primitivos fundadores. Aquellos soldados monjes que dividían su tiempo entre la defensa de la fé y los actos de devoción y el socorro de los menesterosos, privados hoy de sus inmensos bienes, solo pueden enorgullecerse de pertenecer á tan ilustre orden y celebrar todos los años sufragios por el alma de los que murieron, y dedicar una solemne función á su patrono, presidida por S. M., gran maestre de todas las órdenes militares.

Restó de aquellas grandezas aun subsisten en Madrid: el magnífico convento de las comendadoras de Santiago, cuyas religiosas son damas distinguidísimas.

Pero las preocupaciones actuales y el espíritu demoledor del siglo van concluyendo con todas las bellezas, con todos los recuerdos de una época la más hermosa de nuestra patria.

Las ruinas y los escombros van envolviendo lo antiguo.

¿A dónde caminamos?

El corazón se entristece al hacer el paralelo de dos épocas tan distintas.

Cuando nuestros soldados entran en acción solo se oyen vivas á lo humano, á lo terrenal, y en aquel momento van á morir muchos hombres acaso impenitentes.

Preferimos el grito de otros tiempos:

¡Santiago y cierra España!

P.

SECCION RECREATIVA.

EL ÁRBOL DE LA CIENCIA.

BOCETO

por

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

(Conclusion.)

El castigo empezaba; lento, profundo y sin remedio ninguno.

Entretanto María, vestida ya con el hábito de novicia y rodeada de toda la comunidad, respiró llena de júbilo en aquella santa mansión, cuya dulce tranquilidad daba á su corazón una paz extraordinaria. Nunca se había sentido tan dichosa, tan libre de cuidados, con la conciencia tan reposada y satisfecha. Parecía que su pecho había cesado de latir, que se encontraba lejos del mundo, y su espíritu sereno vagaba en una atmósfera divina.

D. Carlos había juzgado la clausura bajo el prisma de sus pasiones, en las tinieblas de su alma. Había bosquejado el retrato fiel de esas infelices alucinadas que no miden sus fuerzas, y á quienes el despecho abre las puertas del monasterio y se condenan á un martirio sin término; pero no podía comprender, en su escepticismo, la ventura espiritual del claustro para las almas elegidas. Vivir lejos del mundo cuando se ha profundizado todas sus miserias, es un consuelo. Alejarse de él antes de conocerle á fondo, es dicha más completa, porque el alma puede mecarse todavía en inocentes ilusiones.

IX.

Cuando Losada se encerró en su habitación, le espantó la soledad en que se encontraba. Aquel aislamiento no era á su alrededor; se extendía á todas partes: solo estaba ligado al mundo por sus recuerdos, por las sombras casi desvanecidas ya de lo pasado. Al cerrarse las puertas del convento le habían separado para siempre de todo lo que amaba; le habían dejado solo en un mundo vacío. La nada, último resultado, único porvenir del escéptico, había empezado para él y le abrumaba ya con su abandono insoportable. Y tan infeliz era su alma, que hallaba cierto placer, cierta agradable compañía en su remordimiento.

Evocaba á María del Amparo, y una abstracción espiritual se la representaba al hombre materialista que, sin saberlo, tenía una religión, rendía culto á una imperfecta criatura. Triste religión, cuya divinidad desoye todo ruego, evita las súplicas, rompe todo lazo mental con su devoto, le deja abandonado á sus remordimientos y le cierra el camino de la esperanza.

D. Carlos no creía en la amistad, ni en la buena fé, ni en Dios siquiera: solo creía en el amor, del cual se consideraba ya completamente y para siempre desposeído. Y creía en el amor para tormento suyo; creía que Amparo amaba á Federico; creía que también él había sido amado con locura en esa edad en que el corazón no sabe aun lo que se hace, en que caminamos pisando flores, sin reparar en ellas, para echarlas de menos y envidiar las más humildes en el árido invierno de la vida, cuando ya solo vemos en torno nuestro prados desnudos y árboles que parecen esqueletos.

Aquellas niñas de cutis sonrosado, de airoso cuerpo, de talle elegante, que fueron sus compañeras de juventud, habían ido desapareciendo, y solo quedaba de ellas alguna que otra anciana, de andar trabajoso, de mirada moribunda y rostro cruelmente desfigurado por los años. Dentro de aquellos cuerpos miserables latía el mismo corazón que en otros tiempos, pensaba el mismo cerebro que tan risueñas ideas había concebido cuando el espejo era diariamente re-

compensado por sonrisas de agradecimiento, y esa destrucción física tan rápida, tan inevitable y tan completa, jamás le había hecho volver los ojos al mundo del espíritu, donde todo es estable y permanente.

Hay obcecaciones que asombran.

Sentía celos y era materialista.

Materialismo, es decir, la más absurda negación de todo lo que no se ve, de lo que no perciben nuestros sentidos, tan groseros, tan pobres, tan limitados.

El cerebro del hombre, que todo quiere explicárselo, tiene la misma propiedad que esos cristales biconcavos, á cuyo través se distinguen los objetos notablemente disminuidos. De la idea inmensa, altísima y aterradora del infinito, ha hecho una fórmula matemática. A los pies de esa bóveda, poblada de mundos casi invisibles, ha defendido la preexistencia de lo material, de la masa torpe, del armazón de los mundos, como el salvaje que, aturdido á la vista de un suntuoso monumento, se arrodilla asombrado y le adora, creyéndole un Dios, sin pensar en el arquitecto. De su propio pensamiento, que saltando la valla de los sentidos se dilata á distancias inmensas, comparadas con el cuerpo que le contiene, ha hecho un conjunto de órganos alimentados por los pulmones y el estómago, y movidos por la sangre. Ha querido encerrar á Dios en esos órganos para analizarle y hacer una disección de la divinidad. Pobre, mezquino Dios sería si tan débiles cerebros pudiesen concebirle y sorprender sus secretos; triste recurso es negar lo que no puede comprenderse, y desgraciado de aquel que lograra formar una idea remotísima de la grandeza suprema: su pensamiento estallarí.

Dos frutos tiene el árbol de la ciencia. La negación y la fé. Amargo y desabrido el primero; el segundo, dulce y refrigerante.

Aquel conduce al aislamiento, á la soledad más espantosa en medio de tantos mundos, entre tantos millones de seres con los cuales no hay vínculo ninguno; mata la esperanza y condena á la desolación y al frío de la nada. Don Carlos había gustado su amargo fruto, y sentía el veneno arder en su corazón y socavar su inteligencia.

María del Amparo había curado con el otro la enfermedad de su espíritu: había sustituido el amor humano y perecedero por el amor inmortal é inextinguible; ligada á Dios con la fé, sentía por do quiera su llama vivificante, su inseparable compañía; la humilde carmelita pasaba las horas del día que la permitían sus deberes confortando su corazón con la lectura de Santa Teresa; y al practicar con júbilo sus tareas contemplativas, veíase ligada á Jesucristo con la fé, y á una serie de piadosas mujeres en la continuación de la santa obra concebida por Elías en el Carmelo y reformada por Tere-

sa: cadena espiritual, lazo divino que llenaba su alma de deleite, de amor, de abnegación, de místicas y renacientes alegrías.

La negación, tristeza inconsolable.

La fé, alegría sin límites.

Tales son los frutos del árbol de la ciencia.

Ahora, elegid.

X.

Pasó un año.

La imaginación de Losada había en este tiempo apurado todo el infortunio de que es capaz un alma sin ilusiones. En su rostro se habían impreso estos últimos signos que la vida graba sobre las facciones humanas. Si el hombre fuese un sér exclusivamente material, triste, horriblemente desconsolador sería el don que con la inteligencia le concedió naturaleza. No puede concebirse idea más desgarradora que la del sér inteligente que asiste desde el nacer al espectáculo de su propia ruina, lentamente operada por los años, sin encontrar medios de atajar la destrucción, como el viajero encadenado por los indios al tronco de un árbol que, sin poder moverse, sin esperanza alguna de auxilio, ve apoderarse de sus desnudas carnes los voraces insectos del trópico, invadir todo su cuerpo, clavarle en sus párpados, ensangrentar sus labios y devorarlo, partícula por partícula, hasta que la calentura y la desesperación le hacen perder el conocimiento.

D. Carlos se hallaba en el último período de su vida: sus fuerzas morales estaban agotadas, su fisonomía era la de un cadáver, y solo le sostenía, como última fuerza vital, un deseo imprescindible de venganza; deseo insensato por ser él mismo la causa de sus males y estarle su conciencia vengando de sí propio. Madurando un horrible plan había pasado aquellos doce meses, hasta que un día la lectura de un periódico hizo vagar en sus labios una sonrisa amarga y repugnante.

—¡Por fin! exclamó plegando cuidadosamente el periódico que leía.

Era una hora en que Federico acostumbraba a estar solo, y Losada se dirigió a encontrarle. Cuando llegó a la sala de armas se paseaba el jóven distraído. Federico manifestó al ver a don Carlos un leve movimiento de impaciencia, porque este le era cada vez más insoportable; pero se dominó fácilmente y tendió la mano al recién llegado. Losada le miraba sin aceptar la invitación amistosa que se le hacía. El jóven le observó con atención, no sabiendo lo que significaba aquel desaire.

—Nuestras manos no pueden unirse, dijo don Carlos con actitud de insultante desafío.

Entre la mirada con que el viejo acompañó sus palabras y el reto que tiempo atrás le había dirigido cuando su primera entrevista, halló tal

analogía, que Federico no pudo ménos de estremecerse y contestar con altivez:

—Ese lenguaje requiere explicaciones.

—Entérese Vd. bien de esta noticia.

Y D. Carlos alargó el periódico a Federico, que leyó consternado un párrafo en el cual se anunciaba la profesión de una novicia: el jóven no pudo acabar de leer su nombre; le adivinó, y hubo de apoyarse en la pared para no caer desvanecido. Hasta entonces Federico, en su desgracia, abrigaba la remota esperanza de encontrar alguna vez a María del Amparo, de oír tal vez disculpas, de escuchar acaso revelaciones que pudiesen consolarle. Aquella noticia imprevista le separaba para siempre de María. Pasada su primera emoción, miró a D. Carlos fijamente y le dijo con acento rencoroso:

—Esto tiene el aspecto de un insulto; pero el dolor debe haber extraviado el ánimo de Vd., y le compadezco.

—María del Amparo no es mi hija, dijo don Carlos friamente.

Federico le escuchaba asombrado, sin darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Por fin rompió el silencio.

—¿No me confesó Vd. ese secreto hace ya más de un año?

—Mentí.

—¿Con qué objeto? ¡miserable! dijo el jóven asiéndole con fuerza por un brazo.

—Escuche Vd. en calma, y luego tiempo tendremos ambos de desahogar la ira.

Y con voz pausada y serena, sin aparente emoción, D. Carlos le refirió con insultante franqueza su amor y su infame intriga en todos sus detalles. Federico le escuchaba con interés creciente, y cuando Losada concluyó de hablar, en vez de un odio profundo, el semblante de aquel solo indicaba una profunda y dolorosa compasión.

Estraño fenómeno: Federico, que no se resignaba al desaire inmerecido de María, hallaba cierto encanto en aquel voluntario sacrificio. Si su amor no quedaba satisfecho, su amor propio lo estaba de tal modo, que casi perdonaba a don Carlos sus maldades. Si al cariño humano se le despoja de su egoísmo, queda un resto bien miserable.

Federico dijo a Losada con desprecio:

—Es Vd. un malvado; pero su propia conciencia le castiga: en su corazón tiene Vd. más tormentos de los que yo pudiera desearle, y por lo tanto le perdono.

Aquellas palabras irritaron a D. Carlos, que adivinó lo que pasaba en la imaginación de su rival.

—No lo crea Vd., le contestó; me queda todavía el placer de mi obra. El amor no renace fácilmente; tal vez no encontrará Vd. en el mundo otro cariño verdadero.

Lo dijo de un modo tan incisivo y provoca-

dor, que el jóven le miró, retrocediendo al contacto de aquella mirada venenosa. Sintió que un odio horrible y un deseo inmoderado de venganza se apoderaban de su corazón, y experimentó una necesidad de aplastar de una vez aquel reptil humano.

El viejo seguía lanzándole efluvios satánicos con su mirada.

Federico cerró la puerta; empuñó dos floretes rotos, y presentó el mayor a D. Carlos, diciéndole con voz temblorosa:

—Para igualar las fuerzas.

Y acto continuo colocó a corta distancia los restos de aquellas armas y un florete entero. Hecho esto, dijo a Losada aparentando una serenidad que no sentía.

—El que quede con vida tomará el arma nueva, arrojará la suya entre las inútiles, y en el suelo el extremo de la de su contrario; después abrirá la puerta para pedir socorro, y sostendrá que ha sido un accidente imprevisto la desgracia. Ante todo, debemos evitar las estocadas que no sean mortales, y si alguno resulta herido solamente, suspenderemos para otra vez el desafío. Solo hemos de tirar al corazón y hacernos una herida. ¿Acepta Vd. el pacto?

Losada sonrió como quien ha comprendido, y se preparó con mucha calma.

Federico era uno de esos hombres vulgares, ni escépticos ni creyentes, de ideas morales poco sólidas, pero sin maldad, y aquel combate solo tenía para él la solemnidad del peligro. Cuando el hombre no tiene el freno de su razón y se deja llevar de sus rencores, se convierte en una fiera.

Solos estaban D. Carlos y Federico; sus aceiros se habían cruzado con lentitud y firmeza; sus ojos lanzaban fuego, y su corazón latía desordenadamente. No hablaban una palabra: solo se oía el crujido de las armas. Parecían dos hienas tratando de devorarse en una jaula. La inteligencia humana, entregada a sí propia, tiene soluciones insensatas y locuras crueles; ¡y el hombre sin Dios pretende vivir en sociedad!

—¡Herido! dijo Federico apartándose de su adversario.

—No es cierto, contestó Losada lanzándose a su encuentro.

Y se renovó la lucha con más ira; pero casi al mismo tiempo cayó D. Carlos atravesado. Federico sintió una horrible alegría, y se dirigió hacia el sitio donde estaba la llave. D. Carlos exclamó con voz débil:

—Es inútil, me he vengado; y descubriendo con dificultad su pecho, mostró dos caños de sangre. Ahora, prosiguió con ironía, pruebe usted que ha sido casual mi muerte.

El jóven sintió que le faltaban las fuerzas.

Y empezó la agonía de D. Carlos. Sus ojos se inyectaron de sangre. Sintió que iba a morir y tuvo miedo: un miedo incomprensible, una an-

gustia infinita. La nada ó el castigo. ¡Qué ideas tan horribles en el cerebro de un moribundo!

Después espiró.

XI.

Era precisamente la hora en que María del Amparo acostumbraba á hacer sus oraciones. Su alma estaba serena; su conciencia tranquila; su corazón en calma.

Sentía un bienestar incomprensible; un deseo de hacer bien, de rezar, de desahogar mentalmente su ternura.

Y rezó por el alma de los muertos con tal fervor, con tanta caridad, que acaso la Bondad infinita acordó al espíritu desdichado que acababa de acercarse á su presencia todos los méritos de tan perfectas y sentidas oraciones.

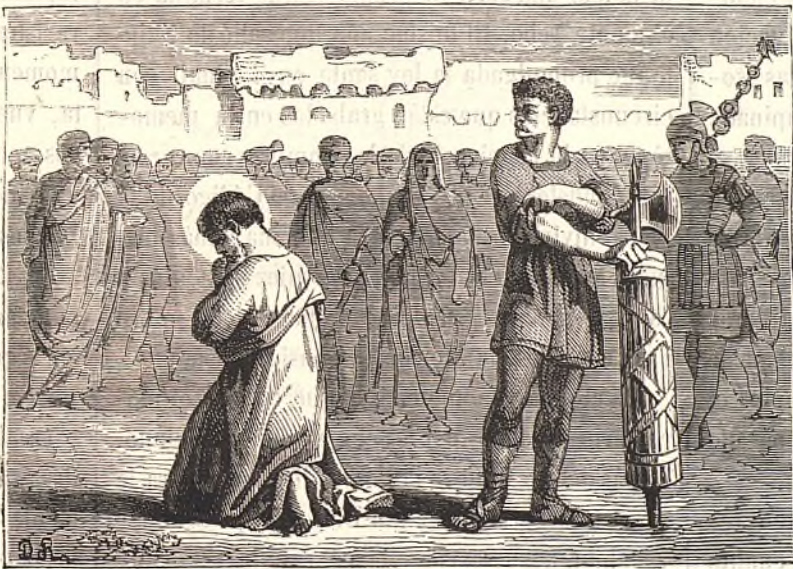
VIAJE A TIERRA SANTA.

SINAI.

De igual modo que la tierra de Canaan, tan fértil en milagros, las orillas del mar Rojo, las montañas del Sinaí y los desiertos de la Arabia Petrea sirvieron de teatro á los sucesos más memorables en la historia del pueblo de Dios. El viajero, conducido á Oriente por el atractivo de piadosas peregrinaciones, por el amor á las ciencias, el prestigio de los grandes recuerdos ó el encanto del paisaje y las dulzuras del clima, torna involuntariamente sus primeras miradas hacia Egipto, el reino de los antiguos Faraones, de donde procedieron Abraham, Jacob y los jefes de las doce tribus. El Egipto será eternamente célebre, y con justicia; su suelo está cubierto de monumentos antiguos, cuyas inmensas ruinas se alzan gigantescas extendiéndose hasta bajo el cielo abrasador de la Nubia, como último testigo de una civilización extraordinaria. Los principales hechos de su historia ofrecen interés notable: importancia de los acontecimientos, carácter de los personajes, estruendo de las batallas, aniquilamiento de imperios, reyes destronados, ciudades saqueadas y destruidas, países devastados, poblaciones sacrificadas al filo del acero vencedor ó vendidas en terrible esclavitud; nada falta allí de lo que puede conmovér profundamente el espíritu humano. Durante la secular serie de las pasadas edades, vemos aparecer personajes tan ilustres como Moisés, Sesostris, Alejandro el Grande, los Tolomeos, Cleopatra, Antonio, Octavio, Pompeyo, griegos, romanos, árabes, cruzados; San Luis con la flor y nata de la caballería francesa en la Edad media; y por último, Napoleon Bonaparte, el más famoso capitán de los tiempos modernos.

¿Quién de nosotros, al estudiar por vez primera la historia del pueblo de Dios, no admiró las virtudes de José, modelo de inocencia, de sabiduría y de grandeza de alma, tan digno entre la humilde masa de los menospreciados esclavos, como lo fué al pisar las gradas de un trono? ¿Quién no ha gemido de dolor lamentando la triste suerte de los hijos de Israel, condenados á las faenas más rudas por la envidiosa malevolencia de príncipes tan temerosos como ingratos? ¿No hemos sabido con profunda indignación aquella ley tiránica que condenaba á muerte á los niños, pisando apenas el umbral de la vida? ¿No hemos seguido con emoción anhelante la frágil cuna, entretejida de ligeros juncos, donde la previsor ternura de una madre depositó el hijo de sus entrañas para depositarle con menor riesgo en la margen del Nilo? ¿Y aquel niño había de ser un día el libertador y el legislador de los hebreos!

Tras un intervalo de más de treinta y cuatro siglos, vamos á seguir las huellas de Moisés y de los israelitas abandonando el Egipto para



SANTIAGO APÓSTOL, PATRON DE ESPAÑA.

emprender el viaje al Sinaí y á la Arabia Petrea, penetrando en Palestina por la ciudad de Hebron y el valle de Mambre, tan fecundo en recuerdos de Abraham. Del Cairo á Suez hay tres jornadas de camino, entre comarcas ricas y feraces: ruinas, sepulcros y montecillos artificiales atestiguan la prolongada residencia de los hombres en ellas, conservándose aun vestigios de antiguas poblaciones. Matarich, la antigua Heliópolis, ó sea ciudad del sol, guarda entre sus muros recuerdos bíblicos, faraónicos y europeos. Cuando el viajero se aproxima al confin del desierto, el panorama varía; á un lado se ven campos fértiles sembrados de palmeras, de acacias y verdura; al otro, vastas planicies áridas y escuetas. No sin temor contempla el peregrino estos sombríos paisajes, aventurándose á internarse allá donde la naturaleza, despojada de todo adorno aparente, dormía el sueño de la muerte.

Suez, situado sobre una lengua de tierra mar adentro, tiene un aspecto desagradable; ciudad súa, como lo son en su mayor parte las de Oriente, no ofrece más interés que el movimiento que los europeos dan á su puerto, atestado de naves y fardos de mercancías. Con la apertura del Istmo adquiriría aquel conjunto de chozas la opulencia y prosperidad que hoy envidia: unidos entonces el Océano y el Mediterráneo, vería el desierto con asombro cruzar aquellas aguas á los buques de Europa.

No lejos de las orillas del mar Rojo se descubre una eminencia, donde están las ruinas de la antigua Beelsefon, mencionada en el Pentateuco. La perspectiva que se descubre desde la cima del montecillo es admirable: á su falda van á morir las olas del mar Rojo; enfrente se extiende el desierto arábigo, circuido por una cadena de elevadas montañas, entre las que descuellan el Serbol, el Horeb y el Sinaí; hacia el Mediodía se prolonga el golfo, cerrado por las rocas abrasadoras de Egipto; al Norte se abre un anchuroso valle, húmedo y arenisco, bañado

en otro tiempo por el mar que hoy lo invade también cuando son impulsadas las olas por los vientos impetuosos del Sur.

Según la opinión más acreditada, Suez es el lugar en que los israelitas vadearon el mar á pié enjuto, conducidos por Moisés. Aun se hallan pruebas evidentes de haber ocupado las ondas aquellos terrenos, en donde la planta humana se hunde con frecuencia, y no se han borrado todavía las huellas del canal que unió un día los dos mares. A poca distancia hay un otero, sobre el cual supone la tradición que extendió Moisés las manos, separando, con la influencia divina, aquellas aguas turbulentas que se amontonaron á uno y otro lado como si fueran dos cordilleras líquidas.

Llegando á la orilla opuesta y caminando por una inmensa llanura en extremo árida, se costea la ribera asiática del mar Rojo, viéndose poco á poco desaparecer á Suez y abatir en el mar sus altivas crestas las calcinadas montañas de Egipto. El desierto prolonga su dilatada llanura hasta el pié de los montes Mokatteb; en ellos y en el llano de Sarbut-el-Kadem halla el anticuario interesantes ruinas; restos considerables de edificios públicos y privados; trozos de columnas y peñascos enormes cubiertos de esculturas. Mil inscripciones en caracteres jeroglíficos, debidas al cincel egipcio, revelan su origen; y sobre las mismas rocas de Faran, ya en las inmediaciones del Sinaí, hallanse inscripciones en caracteres desconocidos que aun no lograron descifrar los sabios, aunque apuran para ello fuertes dosis de paciencia.

Apenas el viajero logra internarse en los desfiladeros de las montañas, encuentra en el camino ménos monotonía, pero mayor peligro, porque los senderos son cada vez más raros y difíciles. Por fin ensancha el valle, y los primeros árboles del Nadi-Faran vienen á regocijar la vista, modificando la naturaleza salvaje de aquellos sitios. Allí crecen higueras, naranjos, limoneros y olivos que brindan regalados frutos, asomando esparcidas entre los emparrados de algunas vides, en pintoresco desorden, las cabañas y tiendas de los árabes que, á la manera de Jethro, suegro de Moisés, y de los antiguos patriarcas, apacentan sus ganados como humildes pastores, disfrutando la fertilidad y frescura de tan risueña comarca.

La antigua ciudad de Faran, ó Feiran, que da su nombre al delicioso valle, asienta sobre la cima de unas rocas aisladas en el centro de este, y enfrente de otro vallecillo plantado de acacias, á guisa de un águila que reposa sobre un pico inaccesible, y está defendida por unas murallas de mampostería y ladrillo cuyos cimientos se asemejan á las construcciones ciclopeanas. Nada hay tan curioso como la situación de Faran, rodeado de altas rocas graníticas, sobre las cuales asoma el Serbal su empinada cresta, siempre cubierta de nieve. Su origen se ignora, por más que las ruinas que allí se ven parezcan semejantes á las de otros pueblos cristianos construidas cuando las persecuciones en las eminencias y vertientes de las cordilleras libica y arábiga. De todos modos, aquel oasis produce el efecto de un jardín encantado en el peregrino procedente de Egipto que ha pasado quince días en el desierto.

Desde este punto hay poca distancia que recorrer para llegar al monte Sinaí; y en cuanto se pone el pié en el monasterio de Santa Catalina, situado al pié del monte, asaltan la imaginación los recuerdos de tantos dramas de que fué teatro aquel rincón del mundo.

La península del Sinaí, estrechada entre los dos brazos del mar Rojo, es de un aspecto y configuración tales, que nada hay comparable á ella en otro país. A la parte de Occidente encuentra el geólogo rocas de formación primitiva, levantadas por fuegos subterráneos y mostrando huellas de sacudimientos ó trastornos formidables; hacia el Oriente dominan los mármoles y las rocas calcáreas. Ninguna descripción puede dar una idea exacta del espectáculo que ofrecen aquellos peñascos incrustados unos en otros en confusión inesplicable. «Parece un vasto mar, dice Mr. Laborde, que al impulso de alguna tempestad violenta, levanta sus ondas hasta el cielo abriendo entre ellas profundos abismos.» Supongamos que el mar se hubiera solidificado en turbulencia semejante, petrificando sus aguas en montes de basalto, de granito y de pórfido, y tendremos una idea ligeramente aproximada

del cuadro que presentan á la vista aquellos lugares contemplándolos desde las altas cumbres del Sinaí, del Serbel, del Salef, del Terah ó de Gunné en la cadena de Tyh.

El Sinaí, el Horeb y el monte de Santa Catalina son, por decirlo así, tres cimas de una sola montaña. Sobre las vertientes del Sinaí, al Este, se extiende la tierra de Madian, á donde fué Moisés en busca de refugio, huyendo de la venganza de los egipcios. Durante cuarenta años guardó los rebaños de Jethro en aquellos valles, siempre frecuentados por árabes, nómadas y pastores. Los pastos allí son excelentes, porque en la época de las lluvias desciende el agua de las montañas, estancándose en el fondo de los valles, y cuando se evapora á los primeros calores de la primavera, hace brotar yerbas abundantes. Un día que el Profeta condujo su ganado hasta el pié del Hord, vió á lo lejos una zarza que ardía sin consumirse, brillando con llama refulgente. Dios habló á Moisés á través de aquel arbusto, y le confió la misión de libertar á su pueblo de la servidumbre egipcia: entonces principió una serie de prodigios que termina en el monte Nebo. El mismo año que salió de Egipto fué promulgada la ley santa en el Sinaí, con circunstancias que están grabadas en la memoria y en la conciencia de los hombres con caracteres indelebles. El Decálogo es el Código de la moral divina: la inteligencia humana jamás hubiera conseguido formular en diez artículos y con tal precisión el deber esencial del hombre para con Dios, la sociedad y consigo mismo.

En el fondo de una capilla que hay en el monasterio fundado por el emperador Justiniano, detrás del presbiterio de la basilica, se venera la zarza milagrosa que eligió Dios para presentarse y hablar á su servidor. Esta capilla está muy adornada; en ella se admiran curiosos mosaicos, atribuidos al siglo vi, semejantes en todo á los antiguos bizantinos. Nadie penetra allí calzado. Corona el altar una pequeña cúpula y cubren el suelo planchas de plata: conviene añadir que toda la iglesia es muy notable: decóranla gran número de obras artísticas, sobresaliendo entre ellas algunos cuadros antiguos. Los grandes mosaicos del ábsida, que representan á Justiniano, la emperatriz, su esposo y demás familia, merecen llamar la atención de los arqueólogos, puesto que las figuras pasan por ser retratos muy parecidos. La *Transfiguración de Nuestro Señor*, cuadro principal del santuario, con cuya advocación fué consagrado este, es comparable solo á los mosaicos más célebres de Constantinopla, Ravena y Venecia. Mucho ganaría la historia del arte si estas obras fueran reproducidas por medio del grabado.

Después de la iglesia, es digna de mención la biblioteca. ¡Plugiése al cielo que los eruditos pudieran detenerse más en ella que lo preciso para satisfacer la curiosidad! Descansando en

estantes cubiertos de polvo, yacen innumerables manuscritos griegos, ceptos, siríacos y árabes, en cuyas páginas probablemente hallaría la erudición europea más de una obra de los Santos Padres que la ciencia eclesiástica llora como pérdida; pero la ignorancia y la envidia hacen inútiles estos tesoros, que nunca se comunican á los extranjeros.

Todo el monasterio, perteneciente hoy á los griegos cismáticos, está construido con elegancia, bien dispuesto y conservado con decencia, que no es parco elogio tratándose de un edificio en Oriente. Su conjunto exterior ofrece el aspecto de una fortaleza rodeada de murallas altísimas, espesas y muy sólidas, con todas las precauciones posibles para librarla de un golpe de mano; prevision necesaria por la vecindad de los árabes. La entrada ordinaria está á mucha elevación, verificándose el ingreso en la casa merced á un grueso cable á que se ata el viajero, ascendiendo este á medida que aquel se enrolla en una polea enorme. Al nivel del suelo existe una puerta abovedada; pero se la condenó tapiándola, y únicamente se abre en ocasiones rarísimas: demolido el muro en la época y en el momento preciso en que el obispo hace su visita, vuelve á reedificarse inmediatamente. Hay dos morteros como simulacro de defensa, y en un rincón reposan inofensivos dos cañones cubiertos de mohó.

No todos los viajeros tienen fuerzas y ánimo suficientes para emprender la ascensión del Sinaí, que es penosa. Comienza la subida al pié mismo del monasterio por un sendero escarpado y escabroso, casi impracticable y obstruido de piedras; á medida que se gana terreno, los obstáculos se multiplican, y á cierta altura el viento, casi constante, paraliza los movimientos, siendo preciso algunas veces andar á gatas ó asirse con las manos á los ángulos salientes de las rocas para exponerse ménos al peligro. Nada hay tan triste como aquellas peludas y áridas asperezas, en que apenas se apercibe de vez en cuando una leve muestra de vegetación po-brísima.

Una tradición asegura que cierta especie de capilla, formada con piedras sobrepuestas unas á otras, sin otra mezcla ni cimiento alguno, fué donde descansó la Virgen cuando huía á Egipto; pero no es verosímil la suposición: la santa familia seguiría probablemente el camino llano antes que ir á buscar refugio en un paraje casi inaccesible. Un poco más arriba está la caverna que sirvió de asilo al profeta Elías, mantenido milagrosamente por un cuervo que le llevaba un pan todos los días; una diminuta plazoleta cubierta de musgo brinda al descanso, y no debe renunciarse á él, tanto más cuanto que el pozo de San Elías abunda en agua excelente y cristalina.

(Se continuará.)

SECCION POÉTICA.

LA VIDA.

A la voz que en sí propia sér y alma lleva,
del gérmen de la vida surge una nueva
generacion;
y nueva caravana, sin rumbo cierto,
va indecisa del triste vital desierto
por la estension.

Su espíritu se inquieta, su anhelo crece,
de su inocencia el sueño se desvanece
por siempre ya;
su pecho por la dicha fugaz se afana,
y así por el desierto la caravana
marchando va.

Tal vez el bien vislumbra por que suspira;
mas anda, y cuando cerca la vision mira
su bien no ve;
y así presa mil veces del desencanto,
el arenal estéril riega con llanto
su amante fé!

Tal vez su inútil marcha parar medita;
mas la esperanza entonces tenaz le grita
«vé más allá;»
el bien que hoy busca espera lograr mañana,
y así por el desierto la caravana
marchando va!

En pos de anhelo tanto, de tanta pena,
un día surgir mira, sobre la arena,
fascinador.
el oasis que, al ánsia mortal abierto,
de palmas y de flores en el desierto
labró el amor!

Ya la aridez no siente por do camina,
ya solo ve el recinto do se avecina
su frenesí;
sus ilusiones crecen, le invade ufana,
¡y el angustioso viaje la caravana
detiene allí!

Mas el estío llega, y á sus rigores,
para su anhelo pierden palmas y flores
su encanto ya;
un nuevo desengaño su pecho afana,
¡y otra vez el desierto la caravana
cruzando va!

Mas ya en vano su pena calmar procura:
nuevos afanes halla, nueva amargura,
la dicha no;
en el triste desierto, do anhela tanto,
¡solo se halla el oasis de breve encanto
que atrás dejó!

Y aun avanza, y aun lucha con su agonía;
pero lejos, muy lejos, trémula guía
sus pasos ya...
seguirla ya no puede la vista humana...

¡ya solo Dios ve á dónde la caravana
marchando va!

—Y así por su desierto yo peregrino,
apartar quiero en vano de su camino
mis pasos hoy;
el mismo afán, la misma vereda tengo,
¡y solo el cielo sabe de dónde vengo
y á dónde voy!

Y así generaciones sin cuento han ido
perdiéndose á lo lejos, el pecho herido
del mismo afán;
así espiran las tristes glorias humanas,
¡y así por el desierto las caravanas
pasando van!

EVARISTO SILIÓ Y GUTIERREZ.

MEDITACION.

Pajarillo, pajarillo
que vuelas de flor en flor,
¿á quién diriges tu cántico
apenas despunta el sol?
¿Es un himno de ventura?
¿Es una queja de amor?
¿O divulgas los misterios
de tu herido corazón?
*No es un amoroso cántico,
no es gozo, es una oracion
con que entono desde el árbol
las alabanzas de Dios.*

Arroyuelo fugitivo
que cruzas murmurador,
¿qué dices entre las piedras
con melancólico son?
¿De quién huyes, arroyuelo,
en tu carrera veloz?
¿O acaso anuncia desdichas
ese doliente clamor?
*Yo soy de la vida imagen;
soy una eterna leccion
que dice: «la vida pasa;
pensad, humanos, en Dios.*

Montaña, en tu cumbre silba
rechazado el aquilon;
tu base embisten las olas
con impotente furor.
Arboles, plantas y flores
ávido el tiempo arrasó;
tú sola, inmutable, observas
la universal variacion.

*De la conciencia tranquila
ejemplo elocuente soy;
no teme los huracanes
el que confía en su Dios.*

Del bosque con arrogancia
te proclamaste señor,
y elevándose tu copa
las nubes amenazó.
¡Oh ciprés! Entre los triunfos
de tu insolente ambicion,
rodó tu tronco al impulso

del hacha del leñador.
*Yo soy el angel rebelde;
mi orgullo el cielo abatió;
soy la inteligencia humana
que quiere elevarse á Dios.*

P.

CÁNTICO.

El sol que recorre la anchísima esfera,
la luna que vierte su luz plateada,
el árido monte, la fértil pradera,
la roca escarpada,
la fuente sonora y el claro arroyuelo,
el árbol que esponja su verde dosel
y el mar que refleja las nubes y el cielo,
adoran en Él.

La lluvia benéfica que nutre la tierra,
el ave que entona sus cantos mejores,
el agua que baja de la áspera sierra
regando las flores,
la plácida aurora, los días serenos,
las noches tranquilas que siguen en pos
y el ver que en el mundo padecen los buenos,
me dicen que hay Dios.

Las horas que pasan, el tiempo futuro,
la llama impalpable que abrasa y devora,
de aromas errantes el hálito puro,
la sombra incolora,
el éter levisimo que el globo circunda
y el alma que siento latir en mi sér,
me muestran su génio, su mano fecunda,
su inmenso poder.

Señor: yo quisiera medir tu grandeza,
tus cálculos sabios, tu brazo potente,
y en hondos misterios mi audacia tropieza
que aturden la mente.
En tí está la vida, la luz y la calma;
vuélveme á tu seno, pues en él nací;
por eso te busca y anhela mi alma
volar hácia tí.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

LA FE.

SONETO.

¿Por qué brilla el recinto venturoso
de repente bañado en lumbré pura?
¿Tal vez alzóse de la tumba oscura
cual lo predijo el Vencedor glorioso?

La dócil grey en éxtasi amoroso
se arroba contemplando su hermosura,
y aquel que no creyó, mete en la hondura
de sus llagas el dedo tembloroso.

El atónito apóstol que le adora
la ruborosa faz corrido esconde
porque el triunfo osó negar de CRISTO.

Y mientras mudo su perdon implora
EL DIOS resucitado le responde:
Feliz el que creyó sin haber visto!

MISCELÁNEA.

Publicamos á continuacion el mensaje dirigido al gobierno de S. M. por los obispos españoles que acudieron á las fiestas del Centenar de San Pedro en Roma. En la correcta y elegante diction de este notable escrito, se descubre la bien cortada y docta pluma del ilustre prelado compos-telano.

«Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros:

El cardenal arzobispo de Santiago y demás prelados españoles que abajo suscriben, á quienes un sentimiento de amor á la Iglesia y á su jefe Supremo llevó á la capital del Orbe católico, al regresar y antes de que llegue el momento de separarse para volver cada uno á su diócesis, llevando las bendiciones del comun Padre, creen cumplir un deber y satisfacer al mismo tiempo una dulce exigencia del corazon, consignando en un documento suscrito por todos la expresion franca, leal y sincera de su profunda gratitud á su reina, á su gobierno y su querida patria.

La reina de España, dando impulso, como siempre, á lo grande y generoso; el gobierno secundando sus miras, y la nacion católica bendiciendo y aplaudiendo su digno y elevado proceder en la presente ocasion, facilitando su viaje á los prelados en un buque del Estado, se han puesto á tal altura, que se hace difícil á los que suscriben expresar de lleno las dulces impresiones que han sentido. Y es tanto más fuerte y vivo el sentimiento de placer y gratitud que experimentan, cuanto comprenden que el hecho con todas sus circunstancias, por su singular ejemplaridad, no puede ménos de producir una saludable influencia, no solo en España, sino tambien en otras naciones que le admiran.

El mundo ha visto que á pesar de la perversion de ideas, hoy tan común, existe todavia una nacion que, cuando se trata de la Iglesia católica y de consolar á su cabeza visible, se acuerda de lo que constantemente ha sido, y mostrándose igual á sí misma, no perdona medio para acreditar su constante adhesion á los principios á que debe su grandeza.

Indecible consuelo ha recibido el atribulado Pontífice con el espectáculo que le ofreció el episcopado español conducido á Roma, y saliendo de ella en union fraternal, y favorecido visible y espléndidamente por su católica reina y su gobierno; y esperamos que no quedará sin recompensa tan generosa conducta.

El Papa, Excmo. Sr., nos ha manifestado que no se olvida ningun dia de orar por la católica España; y las oraciones que salen del martirizado corazon del Justo, que representa en la tierra al Pontífice eterno Jesucristo, penetrarán las nubes y harán brotar del seno misericordioso de Dios copiosas bendiciones sobre la sucesora de Recaredo y de San Fernando, sobre su augusto esposo, sobre el príncipe heredero y toda la real familia, y sobre la nacion que tan alta sabe llevar siempre la bandera católica.

Los que suscriben unen sus humildes ruegos á los del Supremo Gerarca: la gratitud los hará cada dia más fervientes; y con el auxilio del cielo, con las bendiciones del Pontífice y con una venturosa concordia entre la Iglesia y el Estado, se conservará el orden, y con el orden la vida, la prosperidad y la gloria de nuestra patria.

Sírvase V. E. elevar á conocimiento de S. M. estos sentimientos como un testimonio de la sincera y profunda gratitud de los que suscriben, los cuales tienen el honor de ofrecer á V. E. la seguridad de su distinguida consideracion y respeto.

A bordo del *San Quintin*, en el puerto de Barcelona, á 16 de Julio de 1867.—El cardenal G. Cuesta, arzobispo de Santiago.—Tomás, patriarca de las Indias.—Fr. Manuel, arzobispo de Zaragoza.—Bienvenido, arzobispo de Granada.—Juan Ignacio, arzobispo de Valladolid.—Francisco, arzobispo de Tarragona.—Pedro Cirilo, obispo de Pamplona.—José, obispo de Urgel.—Fr. Pablo Benigno, obispo de Puerto-Rico.—Fr. Fernando, obispo de Avila.—Pedro María, obispo de Orihuela.—Miguel, obispo de Cuenca.—José, obispo de Santander.—Benito, obispo de Tortosa.—Calixto, obispo de Leon.—Constantino, obispo de Gerona.—José Luis, obispo de Oviedo.—Joaquin, obispo de Segorbe.—Ramon, obispo de Tuy.—Juan, obispo de Palencia.—Gregorio María, obispo de Plasencia.

—Pantaleon, obispo de Barcelona.—Fr. Francisco, obispo de Nueva Cáceres.—José, obispo de Orense.—Fr. Félix María, obispo de Cádiz.—Fr. Rosendo, obispo de Puerto-Victoria, español.—Fr. José Sadoc O. P., arzobispo de San Francisco, español.—Miguel, obispo de Pittsburgt, español.—Fr. Jacinto María, obispo de la Habana.»

En nuestro número anterior publicamos un grabado representando el acto de desembarcar en Barcelona los prelados que ha conducido desde Roma el vapor *San Quintin*. Vamos ahora á dar algunos detalles de esta ceremonia.

A las seis en punto de la mañana arrió la bandera amarilla que durante los dias de observacion habia ondeado en el palo mayor, y los vivas de la tripulacion del *San Quintin*, repetidos por la de todos los demás buques surtos en el puerto, en particular los de guerra, anunciaron que era llegada la hora del desembarco. Este se verificó con el mayor orden, ocupando sucesivamente los ilustrísimos viajeros las diferentes falúas que las autoridades del puerto y los señores comandantes de dichos buques tenían dispuestas al efecto. Al subir las gradas del indicado portillo, volviendo á pisar,—si así puede decirse,—el suelo de su país natal, despues de haber llevado á cabo una mision tan relevante á los ojos del mundo católico, y al ser saludados con la mayor efusion y cordialidad por la multitud que les estaba esperando ansiosa de besar su anillo pastoral, la satisfaccion de que se sentian intimamente poseidos se veia retratada en sus semblantes. El público les saludaba con transporte, y la tropa que formaba el piquete presentaba las armas tocando la música la marcha real.

Despues de dadas gracias al Todopoderoso, el Excmo. é Ilmo. señor obispo de Barcelona, revestido de capa pluvial y con báculo y mitra, rompió la marcha en direccion á la iglesia de la Merced. A la derecha de dicho prelado iba el Excmo. señor cardenal arzobispo de Santiago, y á su izquierda el Excmo. é Ilmo. señor arzobispo de Tarragona. Los demás señores arzobispos y obispos, el capitán general, el gobernador de la provincia, el regente de la Audiencia, el comandante de marina, el vicario castrense, las comunidades de la parroquia de San Miguel Arcángel y Nuestra Señora de la Merced, varios señores curas párrocos é individuos del clero formaban el cortejo de esta solemne procesion. Una multitud inmensa se agolpaba al paso de los venerables prelados para besarles el anillo pastoral. Llegada la comitiva á la iglesia de la Merced, que se hallaba brillantemente iluminada é inundada de fervorosos fieles, el Excmo. señor cardenal arzobispo de Santiago celebró una misa de accion de gracias, durante la cual la escolania de dicha iglesia cantó dos bellísimos coros de Rossini, titulados: «Fé, Esperanza y Caridad», que produjeron un religioso efecto. Concluida la misa, se entonó el *Te Deum*. Los primeros fueron cantados con acompañamiento de órgano, y el segundo, así como una Salve á la Virgen, con acompañamiento de orquesta. Mientras se cantaba esta última deprecacion, los Excmos. é Ilmos. prelados pasaron á besar la mano de la santa imagen en su precioso camarín, que tambien estaba brillantemente iluminado. Despues de haber orado en él un breve rato, bajaron otra vez al presbiterio, donde, concluida la Salve, se despidieron dándose reciprocamente un fraternal abrazo, y en seguida se trasladaron á sus alojamientos.

Aquella misma tarde salieron en el tren de Zaragoza el señor arzobispo de dicha diócesis con la comision del cabildo de la catedral, el señor cardenal arzobispo de Santiago y algunos otros prelados. Los demás se han detenido algunos dias en Barcelona, desde donde emprenderán su marcha á sus respectivas diócesis.

Muy en breve se publicará el arreglo de las capellanías. La impresion de la ley y reglamento se activa en el ministerio de Gracia y Justicia.

Segun dicen los diarios de Valencia, en Utiel se ha recibido con gran júbilo la noticia de haberse expedido ya por el ministerio de Gracia y Justicia la real orden de concesion para el establecimiento de padres esculapios. La autoridad local, y algunas de las personas más distinguidas de la localidad pasaron por las calles un cuadro de P. N. José de Calasanz, en medio del entusiasmo Sa-

ral, escitado por el alegre tañido de las campanas y por los acordes sonidos de una banda de música que seguia á la comitiva, á la cual se sirvió un abundante refresco en las salas consistoriales.

A pesar de cuanto se dice respecto al estado sanitario de Italia, el estado de salud del Pontífice es muy satisfactorio. Roma ha recobrado su calma habitual con la salida de los extranjeros, los cuales regresan á sus casas ricos de bendiciones y gracias espirituales, y llevándose, en cambio de las molestias del viaje, preciados tesoros de fé y ejemplos de virtud de millones de santos mártires, cuyas sagradas reliquias hablan al corazon de los fieles con indecible elocuencia.

Una carta de Roma dice que las diez y siete proposiciones sometidas á la meditacion de los prelados, y de las que despues habrá de ocuparse el Concilio ecuménico, son puramente disciplinables, refiriéndose á la enseñanza en los Seminarios, á la situacion del clero inferior y del regular respecto á los obispos, á los matrimonios mixtos, al matrimonio civil, etc., etc. Créese que otras de mayor gravedad serán sometidas por la Santa Sede al Concilio.

El Emmo. cardenal Lastra y Cuesta, arzobispo de Sevilla, ha regresado ya á su diócesis, procedente de Roma, habiéndolo verificado tambien la mayor parte de los prelados que acudieron á la ciudad eterna para tomar parte en la ceremonia del Centenar de San Pedro.

El señor arcediano de la santa iglesia catedral de la Habana, D. Antonio Pereira, ha sido honrado por el Santo Padre con el título de prelado doméstico.

El dia 10 del corriente se verificó en el real monasterio de las Huelgas de Burgos la solemne ceremonia de confirmacion de la Ilma. señora doña María Benita Rodriguez, abadesa del mismo. Se da á este acto el nombre de *confirmacion*, porque se publica en él la confirmacion que S. M. la reina y el nuncio de Su Santidad hacen de la eleccion canónica ejecutada ya antes por la comunidad.

A los funerales que se celebraron en Roma el dia 17 en favor del alma de Maximiliano, asistió in trono Su Santidad, é incensó y roció con agua bendita el túmulo. Respondiendo á la invitacion del Padre Santo, asistieron tambien los cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos que se hallaban en Roma, S. M. el rey de las Dos Sicilias, su alteza real el conde de Trápani, todo el cuerpo diplomático y un número inmenso de sacerdotes y fieles.

Solucion al Jeroglífico del número anterior:

POR ESCARNIO DE ESPINAS CORONADO,
MUERE JESUS SOBRE LA CRUZ CLAVADO.

JEROGLÍFICO.



(La solucion en el número próximo.)

Por lo no firmado,
El secretario de la redaccion, F. L. DE HENALES.

Madrid: 1867.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.